

2093

EL CID,

DRAMA HISTÓRICO EN CUATRO ACTOS.

ORIGINAL

DE

D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

Madrid.

IMPRENTA DE MANUEL DE ROJAS.

Pretil de los Consejos, 57 pral.

1859.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

EL CID,

DRAMA HISTÓRICO EN CUATRO ACTOS,

ORIGINAL

DE

D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR. 1817-1859



Madrid.

IMPRENTA DE MANUEL DE ROJAS.

Pretil de los Consejos, 3, pral.

—
1859.

PERSONAS.

EL CID.

EL REY D. ALFONSO.

D.^a SOL.

D.^a ELVIRA.

DIEGO GONZALEZ.

FERNANDO GONZALEZ. } CONDES DE CARRION.

D. SUERO.

GARCI-ORDOÑEZ.

MARTIN ANTOLINEZ DE BURGOS.

PERO BERMUDO.

NUÑO GÚSTIO.

Caballeros, Soldados, Pueblo, Heraldos, Pajes y Escuderos.

La escena pasa en Toledo los tres primeros actos; el cuarto en la villa de Carrion de los Condes.

precioso actor Sr. Vicente Burgos

de estima y cariño

El tutor.

recubre y por orden suya, como amigo de ambos

Jose Treviño

ACTO PRIMERO.

«A mis hijas, falsos condes,
y á mis acatadas dueñas,
canes, faceis tales tuertos.
tenidas en lueñas tierras?»
(Rom.º del Cid.—R. 70.)

Casas del Cid, en Toledo.—Antecámara.—Puertas laterales.—Trofeo de armas al fondo.

ESCENA PRIMERA.

M. ANTOLINEZ.—P. BERMUDO.—*(En el acto de terminar un paso de armas.)*

ANT. Basta, Bermudo..! Cual nunca lidias hoy! Cuerpo del diablo!
(Cuelgan las armas.)

BERM. ¡Enojos!

ANT. No hablemos de ello.

Perdí, pagué!.. punto á un lado.

BERM. No las doblas te dan grima,
Antolinez, el bizarro,
sino que no te contenta
llevar lo peor del caso,
ni aun en chanza..; Ya, ya veo
que tu nombre antiguo y bravo,
así en lanzas como en cañas
bueno hace...

ANT.

Bermudo, paso.

No adules : que las lisonjas
son manjar de cortesanos ,
y sientan muy mal , por Cristo ,
en la boca de un soldado.

BERM.

Bien ; ¡ pardiez ! Por mí contesten
de Alhama y Gormaz los campos ,
y digan sinó la fuerza
de ese aliento y de ese brazo
de Jucef Tefin las huestes ;
mas... ¿ á qué acotar tan largo ?
Yo sé que aun hay malas gentes ,
á quienes de muy buen grado
una prueba más daría
de firmeza y buen despacho
tu leal brio...

ANT.

No entiendo...

BERM.

Los condes de Carrion...

ANT.

Diablos

mil carguen con ellos
y con su raza... ¡ Malvados !
Dices bien. ¡ Su nombre solo
hace hervir mi sangre !.. Acasó
si el Cid, mi señor, me hubiera
dado en ello carta en blanco ,
su torpe maldad tendria
á estas horas justo pago.

BERM.

Ningun castigo es bastante
á su crimen. Solo el rayo
que Dios contra el malo enciende,
y que hiere en lo más alto ,
puede al fin...

ANT.

Y qué ¡ en la tierra ,

los pérfidos , con escarnio
ostentarán de las leyes
impune desman tan raro ?
¡ Oh !.. Recuerda á Sol y Elvira ,
de belleza ángeles santos ,
solas, en oscura selva ,
y al furor de los tiranos
en los robles maniatadas...
y para colmo de agravio

roto el cendal de sus senos,
 que envidian los cisnes cándidos.
 Sus ayes oye... capaces
 de arrancar llanto de un mármol,
 pedir al cielo justicia...
 y compasión en mal tanto
 á sus esposos... mal dije:
 á sus verdugos que insanos
 y homicidas destrozaban
 con sangrientos desacatos,
 de beldad y de inocencia
 tesoros inmaculados!..
 ¡Crímen atroz!..

BERM.

ANT.

Ahora, dime

si ese pérfido atentado
 ha de quedar sin castigo:
 Por lo que hace á mí, declaro,
 y honrada palabra empeño
 á fé de buen castellano,
 que si luego la justicia
 no dá al Cid un desagravio,
 he de buscar á los condes,
 y el corazón arrancarlos...
 Y así ha de ser... ¡que Antolinez
 no sabe jurar en vano!

BERM.

ANT.

Dirán que su igual no eres.
 ¡Voto á mi patron Santiago!
 Si ellos son dos ricos-hombres,
 yo soy como el Rey de honrado.
 ¿Y si el Rey les amparase?..
 ¡Bermudo!..

BERM.

ANT.

BERM.

Diz que enojado

con el Cid por lo de marras...
 Sea pues. No hay Soberanos
 para los empeños de honra.

BERM.

ANT.

¡Cuánto ardor!..
 Lo que hace al caso.

Ví nacer á Sol y Elvira,
 me aprecian más que yo valgo,
 y al padre á quien ambas deben
 su ser y nombre preclaros,
 yo he debido vida y honra

en el cerco zamorano.
Ardo en ira, sí... y quisiera
romper el dique...

BERM.

Despacio.

Tambien siento arder mi pecho;
en la sangre de los bárbaros
lavar el desman ansío,
y que al bote despiadado
de mi lanzon, yertos caigan
con su blason en pedazos.
Esperemos pues.

ANT.

Dios quiera...

BERM.

Apenas en tiempo escaso
de Valencia hasta Toledo
llegó el Cid, nuestro buen amo,
ayer tarde, corrió ansioso
á los pies de Alfonso el Bravo,
que una audiencia ante las Córtes
le otorgó en muy breve plazo,
para demandar justicia...

ANT.

¡Y tan breve, por Dios santo!
Mañana, mañana mismo
sobre el venerable estrado
de Leon y de Castilla,
y del reino ante los brazos,
dirá el nieto esclarecido
de Lain su torpe agravio,
dando elocuencia á su acento
de su dolor los pedazos.
Mañana contra los condes,
que de hijos le usurparon
el título, y en verdugos
de su carne se trocaron,
pedirá justicia entera
y cumplido desagravio
de Alfonso, el Rey de Castilla,
Rodrigo, el Cid castellano.

ESCENA II.

Dichos. ORDOÑO. GÚSTIO.

- ORD. Y tambien venganza. (*Entrando.*)
 ANT. ¡Ordoño! (*Sorprendido.*)
 BERM. ¡Señor!...
 ANT. Vuestra noble mano
 permitidme...
 ORD. No, Antolinez;
 mejor merece mis brazos
 que la diestra respetuosa,
 el servidor fiel y honrado
 á quien llama hermano de armas
 el Cid... (*Le abraza.*)
 ANT. Su vivo traslado
 sois en bondad y en esfuerzo.
 ORD. ¡Y mi tío?..
 ANT. Allí está. Quiero anunciaros...
 ORD. No; que la sorpresa puede
 ocasionar... Ese encargo
 Gústio ha de llenar. Ya sabe
 cómo hacerlo.—Vé, y sé cauto.
 (*A Gústio que se vá.*)

ESCENA III.

Dichos, menos GÚSTIO.

- ORD. ¿No me esperábais tan pronto?
 ANT. Hasta mañana temprano,
 antes de la régia audiencia...
 ORD. De mi tío ese el mandato
 fué, que me envió por Gústio:
 mas al punto que llegaron
 á nosotros los rumores,
 por la fama divulgados,
 de hallarse el Cid en Toledo,
 mis primas tristes ansiaron,
 en álas de su deseo,
 correr al paterno abrazo;

y doblando una jornada;
héme aquí.

ANT. ¿Pero han llegado
Doña Sol y Doña Elvira
con vos tambien?..

ORD. ¡Pues no!

ANT. Parto

á su encuentro presuroso.

ORD. Espera.

ANT. ¿Por qué?

ORD. Sus pasos
encaminan ya mis primas
hácia aquí.

ANT. ¡Las amo tanto!

ORD. Aquí las verás muy luego.

ANT. Oh... bien, bien. Pero entretanto
referidme lo que visteis
de su lamentable caso
con los condes.

ORD. ¡Miserables!

De mí huyeron con pie ráudo.

¡Ay sinó de ellos!..

ANT. ¡Los viles!

ORD. Pero tenian caballos
de refresco prevenidos,
y espías, en redor, hartos.
Y yo, con un escudero
nada más, pues al cansancio
de la rápida jornada
todos los demás postrados,
y con nuestros palafrenes,
de vigór tambien exhaustos,
atender állí debiendo
al casi mortal estado
de mis primas, que exijía
socorros y afanes largos,
perseguir á los traidores
no pude, y allí, en el acto
vengar el horrible ultraje,
hierro á hierro y campo á campo.

ANT. ¿Y despues?

ORD. Hasta una aldea,

que el Henares baña manso,
 anhelante las conduje;
 de Alcalá, médicos sábios
 hice venir, y con su arte
 y mis activos cuidados,
 del feroz maltratamiento
 reparáronse los daños,
 y con la salud perdida
 recobraron sus encantos.

ROD. ¿Donde está?.. ¡Ordoño!.. (*Desde dentro.*)

ORD. ¡Mi tío!...

¡Triste padre!

ANT. De sus pasos

se acerca el rumor.

ORD. Voy presto...

¡Bien hé menester mi ánimo!

ESCENA IV.

Dichos.—RODRIGO DE VIVAR.

ROD. ¿Y mis hijas? (*Saliendo*)

ORD. ¡Señor!... (*Ofreciéndole los brazos*)

ROD. (*Recibiéndole en los suyos.*) Cierto;
 los mereces... (*Pausa.*) Ahora... vamos.

(*En ademán de partir.*)

ORD. Un instante... os lo ruego.

ROD. Vé, Bermudo,

y á mi Babioca fiel haz que al momento
 un siervo ensille. Su galope rudo
 me llevará, ligero como el viento,
 al lado de mis hijas... de las prendas
 dulces del corazón... (*Vánse Ant. y Berm.*)

ESCENA V.

RODRIGO. ORDOÑO.

ORD. Oídme antes.

La partida escusad.

ROD. ¡Qué me encomiendas!...

¡Que no parta!... Que pierda los instantes...

¡Ah! No eres padre, Ordoño, y tú no sabes

lo que sucede aquí!...

(Señalando el corazón.)

Mas...

ORD.

ROD.

No, no quiero

á más tarde esperar. Sus brazos suaves ,
voy á buscar en mi bridon ligero.

¿Dónde quedan, Ordoño?... ¿A qué distancia
dejas las hijas mías de Toledo?...

¡Ah! . . Guíame á su estancia,
ó dónde hallarlas puedo
dime si nó.

ORD.

Señor... cobrad la calma ,
y dejadme decir... A vuestro seno
en breve Sol y Elvira...

ROD.

ORD.

¡ Hijas del alma !...

Antes acaso.—Mas, oid sereno:
De la hora esperada con anhelo
en su rosada frente
vuestro amor paternal...

ROD.

ORD.

¡ Bendito el cielo !

Las he dejado en no lejana villa,
y de una en otra hora...

ROD.

ORD.

¡ Con que tan pronto !...

Sí, vuestra esperanza

colmará bienhechora
la dicha sin tardanza.

ROD.

¡ La mente mía la sorpresa ofusca!...
Se agita el corazón... ¡ Aquí tan presto
mis hijas!... En su busca
mañana iba á salir con leve apresto.
Dime, pues: ¿ cómo ha sido
anticiparme el bien ?...

ORD.

Si permitiera

vuestro ánimo á mi lábio conmovido
la historia hacer entera...

ROD.

¡ Habla ! Ya estoy tranquilo...
y de tu narracion pendiente al hilo.

ORD.

No bien desde Valencia
salí por vuestro mando,
tras los condes don Diego y don Fernando,
que á su pais en deplorada ausencia
tan ricas cual hermosas

llevaban vuestras hijas inocentes...
 que hicisteis en mal hora sus esposas,
 temiendo que validos de sus gentes,
 intentasen vengar en Sol y Elvira
 el reproche que á su ánimo cobarde
 vuestro enojo les dió en aciaga tarde
 y que les inflamó en culpable ira...

ROD. ¡Viles! Portáronse cual caballeros,
 contra el leon blandieran sus aceros;
 no huyeran, cual mujeres,
 ni en lugares guardáranse groseros...
 y no afrentase yo sus flacos séres.

ORD. Despues que en los *Carpésios* robledales
 evité que su mano audáz é impía
 un crimen sin ejemplo en los anales...

(Rodrigo hace un ademan de dolor involuntario. Ordoño lo vé, y prosigue con diversa entonacion.)

Comprendo... perdonad. Despues del dia
 que la salud cobraron,
 conmigo abandonaron
 la hospitalaria aldea; tres jornadas
 hicimos, y debiera
 una más terminar nuestra carrera,
 y una y otra viajera
 traer á las domésticas moradas.
 Pues no debiendo vos estos umbrales
 hasta este dia hollar...

ROD. Tal fué mi aviso:

mas para mis angustias paternas
 correr y más correr era preciso.
 No bien á la ciudad de mis laureles
 llevó la fatal nueva el mensajero,
 pedí á voces corceles,
 y al viento el pie ligero.
 Abandoné á Jimena... ; mi Jimena!...
 que cayó sin aliento entre mis brazos,
 vertiendo en tanta pena
 el corazon, los ojos en pedazos.
 ¡Triste madre!...

ORD. ¿Y despues?

ROD. Dejé á Valencia,

y con diez servidores

cabalgando sin tregua en la impaciencia,
 fatigué á los más duros corredores.
 Al fin llegué á Toledo,
 y al Rey dije mi enojo con denuedo.

ORD.

¡Al Rey!...

ROD.

A Alfonso, sí: Cual buen vasallo
 llegué á su alcázar, sin tomar reposo,
 ni dejar mi caballo,
 y le rendí homenage respetuoso.

ORD. (Ap.)

Tardan ya. ¿Y los rencores
 no habeis del Rey temido?
 ¿Disteis quizá al olvido
 que desterrado estais por sus rigores?
 Mirad que del famoso juramento
 no ha olvidado la historia;
 y que anhela sangriento
 vengar acaso en vos aquella gloria.
 Mirad...

ROD.

Basta: perdono,
 en gracia del afecto, ese extravío...
 Mas delante de mí, nadie osa al trono,
 sácrá imágen de un Dios, que és el Dios mio.

(Voces del pueblo, dentro.)

¡Vivan!... ¡Plaza!

ORD.

(Aparte.) Respiro.

ROD.

¿Oyes?... ¿Cuál grita
 el pueblo?...

ORD.

¿Vuestra alma no se agita?

ROD.

¿Cómo? ¿Ellas son?...

ORD.

Rendid gracias al cielo.

ROD.

¡Mis hijas ya!... ¡mis hijas!...

ORD.

Mostrad calma,
 por ellas y por vos.

ROD.

¡Oh!... sí; mas vuelo...

ORD.

No hay para que... ¡Mirad!...

(Mientras Rodrigo habla con Ordoño las últimas palabras,
 dando la espalda á la puerta, aparece en ella Antolínez
 con doña Elvira y doña Sol. Rodrigo se vuelve oportuna-
 mente, y esclama:)

ROD.

¡Prendas del alma!...
 (Rodrigo y sus hijas se abrazan.)

ESCENA VI.

RODRIGO. DOÑA ELVIRA. DOÑA SOL. ORDOÑO. ANTOLINEZ. BERMUDO. GÚSTIO. CABALLEROS.

D.^a ELV. ¡Padre del corazón!...
 D.^a SOL. ¡Padre... mi padre!...
(Se abrazan. Un instante de pausa.)
 ROD. Despejad. *(A los circunstantes. Vánse.)*

ESCENA VII.

RODRIGO. DOÑA ELVIRA. DOÑA SOL.

ROD. *(Aparte.)* Ya estoy solo. ¡Sol!... ¡Elvira!...
 ¡Pedazos de mi sér!...
 D.^a SOL. Padre...
 ROD. ¡Inocente!...
 ¡Elvira... ángel querido!...
 D.^a ELV. Señor!...
 ROD. Hijas.
 ¡Hijas de mi delirio!... ¡Otra vez, otra
 sobre mi corazón!... ¿Veis cuál palpita
 entre los estrechísimos abrazos
 de vuestro tierno amor, luz de mi vida?...
 Dejadme... ¡Oh! Sí, dejadme con mis ojos
 contemplar vuestra faz bella y dulcísima.
 Cuán hermosas ¡oh Dios! ¡Cual nunca ahora
 enloquecen mi espíritu!... ¿Y un día
 perder creí mi celestial tesoro?
 ¡Ah!... no, no; está en mis brazos... fué mentira.
 D.^a ELV. Pluguiese al Cielo que la muerte, ¡ay tristes!...
 nuestra existencia en flor...
 ROD. Palabra impía.
 ¡No la escuches, Señor... y dame fuerzas *(Ap.)*
 por ellas... y por mí!
 D.^a SOL. *(Aparte.)* Sosténme, Elvira.
 ROD. Calmaos pues. Hagamos un esfuerzo
 sobre nosotros mismos. ¿Veis? Se alivia
 la amargura del mal, cuando se apela
 á la razón magnánima.
 D.^a SOL. ¡Ay!...

- ROD. Sol mia...
Imitadme las dos. Ya estoy sereno...
Ya me creo feliz á vuestra vista.
- D.^a ELV. ¡Oh!... ¡qué esfuerzo cruel! (*Aparte.*)
- ROD. ¿Y qué se logra
con dejarse vencer por la desdicha?
¿con abatirse así?... Las almas fuertes
deben hacerla frente... y confundirla.
- D.^a ELV. Decís bien. Ese aliento generoso
siento que influye en mí... me fortifica;
la santa inspiración viene en mi auxilio;
de vos, padre, y de mí quiero ser digna.
Y siendo un valle de dolor el mundo,
donde no hay nadie que un pesar no gima,
¿por qué hemos de pedir un privilegio
que Dios no concedió á su madre misma?
Suframos con valor... La fé cristiana
las lágrimas del triste doloridas
convierte en bienhechoras esperanzas,
que el galardón esperan allá arriba.
- ROD. ¡Bien, hija... bien! El cielo no abandona
á quien confía en él... y se resigna.
Esto oí á mis abuelos, y esto mismo
os enseñé á vosotras, siendo niñas;
que la fé de mi patria y de mis padres
es la herencia mejor de mi familia.
Pero Sol, ¿aún así? ¿Nuestros consuelos
nada tu pena ni tu afán mitigan?
¡Vuelve, ángel mio, en tí!
- D.^a ELV. No te abandones
al desconsuelo; escucha, Sol querida:
no mas de duelo y lágrimas; el llanto
nunca remedia el mal.
- D.^a SOL. Pero le alivia.
- ROD. Harto vertiste ya. ¿Nada tu padre
podrá calmar de tu doliente herida
el martirio cruel? ¿Quizá en tu alma
el dulce influjo, que ejerciera un día,
he perdido? Pues bien. Lloro si quieres,
consúmeme penosa y abatida;
y cuando venga tu infelice madre,
y por tí me pregunte, por su hija,

la mostraré tu solitaria tumba...
y la darás la muerte.

D.^a SOL.

¡Madre mia!

No, no lloraré mas; los ojos míos,
—¡lo veis?—secos están.—Sí... sí... que viva.

D.^a ELV.¡Infeliz! (*Aparte.*)

ROD.

¡Ven á mí!... que, por Santiago,
así te quiero yo! (*La abraza.*) Rama florida,
del nativo rosal presto arrancada;
fresca, temprana vid, mal desprendida
del olmo protector de tus vergeles;
blanca paloma de infantiles días
del amoroso nido arrebatada,
torna al jardín que te creyó marchita,
al tronco sin tu abrazo envejecido,
al asilo de amor, ave perdida.

(Un momento de silencio.)

¡Basta, basta! Ya dimos al cariño
cuanto naturaleza dulce inspira:
pero es preciso mas; hay una ofensa,
y esa ofensa ¡pardiez! pide justicia.
Luego iremos al Rey.

D.^a ELV.

Sí, padre mio;

yo uniré á vuestra voz la queja mia,
público haciendo mi funesto agravio
sobre el supremo estrado de Castilla.
No por mí, mas por vos, por esa honra,
prenda de tantos siglos sin mancilla,
que es la herencia sin par de nuestra casa
y de esas canas la aureola invicta;
por el honor de España, que á las damas
rinda caballeresca idolatría,
y al mundo enseña cual los hombres deben
á la débil mujer párias rendirla;
y por las nobles hémbra castellanas,
en mí todas dolientes y ofendidas,
las que á su honor clarísimo, en Simancas
salvar supieron con su sangre limpia,
y las que dan ejemplo en las historias
que debemos legar á nuestras hijas.

ROD.

¡Oh! ¡Que al cielo pluguiese relegarte
del sexo flaco en las humildes filas

con ese corazón, mitad del mío...
 en tí un nuevo héroe, á semejanza mía,
 á la pátria y á Dios darles pudiendo!...
 No lo quiso... ¡cruel!—Prosigue, Elvira;
 que oyendo tus heroicos acentos,
 mayor me siento aún que me creía.
 ¿Cuándo á su Alteza?...

D.^a ELV.

ROD.

Al punto. ¿A qué mañana

lo que puede ser hoy?...

D.^a ELV.

ROD.

Sea.

Este día

la mancha de mi honor ante la España
 quedará ¡vive Dios! con sangre limpia.
 Voy pues á dar las órdenes del caso;
 preparaos en tanto á la partida.

(Vase por la izquierda.)

ESCENA VIII.

DOÑA ELVIRA. DOÑA SOL.

D.^a ELV.

Ya lo oyes, Sol... Mas... ¡qué miro!...
 ¡Temblorosa y agitada
 estás!... ¡Oh!... ¿Qué tienes? ..

D.^a SOL.

Nada.

D.^a ELV.

¿Qué me dice ese suspiro?

D.^a SOL.

Que soy asáz desdichada.

D.^a ELV.

¿Acaso algun nuevo mal
 viene tras martirio tanto
 á exacerbar el quebranto?
 ¡Cuánto martirizas, cuánto
 mi cariño fraternal!

D.^a SOL.

Sí, Elvira, á decirte voy
 lo que me atormenta; pero...
 que no me tengas espero
 por menos de lo que soy.
 No muera Fernan. Lo quiero.

D.^a ELV.

¡Estás loca!...

D.^a SOL.

¡No lo sé!

Mas la predicción sangrienta
 de mi padre, me amedrenta.
 El al fin mi esposo fué.

D.³ ELV. ¿Y olvidarse ya tu afrenta?...

(Pausa.)

¡Qué dirán! ¡Una matrona,
una hija de Rodrigo,
que de sangre real blasona,
asi al dolor se abandona,
tan mal cumple asi consigo!...

¿Es flaqueza, es compasion,
ó de sí muy poca estima,
ó en fin una aberracion,
que pone al ánimo grima
y estravía el corazon?

Olvidada estais de vos,
Doña Sol... Mas os advierto
que quien ofendió á las dos
debe su salud, de cierto,
fiar solamente á Dios

D.^a SOL. ¡Qué quieres!... Comprendo bien

cuanto dices... se me alcanza
mi derecho á la venganza,
y ese reproche tambien
que tu noble ardor me lanza.

Me ofendió, fué muy cruel
para mí... te lo concedo;
mas yo pedir contra él
la muerte... Elvira, no puedo;
ata mi lengua un cordel.

Que le arrojen de esta tierra,
que confisquen á Carrion...
norabuena, no me aterra;
ó que vaya en cruda guerra
á buscar la expiacion.

Justo es de toda mancilla
limpiar nuestra sangre buena,
que es la gloria de Castilla;
pero de espanto me llena
el sayon con su cuchilla.
No lo puedo remediar...
es dulce y flaco mi ser.

No encuentro en mí más poder...

¡Qué quieres!... Nací mujer:
y nací para llorar.

- D.^a ELV. Pero ¿qué has de hacer?
 D.^a SOL. Lo ignoro;
 ciega está la mente mia.
- D.^a ELV. Comprometes tu decoro.
 D.^a SOL. Al Dios de mi madre imploro,
 que á quien sufre siempre guia.
 D.^a ELV. ¡Me causas lástima!
 D.^a SOL. Mira,
 te dire cuanto imagino.
 Mi padre pavor me inspira:
 mas contigo, amada Elvira...
- D.^a ELV. No te canses; lo adivino.
 D.^a SOL. ¡Cómo!...
 D.^a ELV. ¿Quieres que la ley
 de que el sanguinario muera
 no se cumpla en él...
- D.^a SOL. Eso era.
 D.^a ELV. Y que yo no pida al rey,
 para mí, justicia entera?
 Calla... no digas que sí.
 Lo comprendo... y es bastante.
 ¡Me lastimo, Sol, de tí!
 Aunque asi obro, no te espante,
 tambien hay un grito aqui.
 (*Al corazon.*)
 Pero habla el honor... y callo...
 y le ahogo... y ya lo ves;
 y en tan inmensa batalla
 todo el deber lo avasalla
 de ser cada cual quien es.
- D.^a SOL. ¿A Su Alteza irás?
 D.^a ELV. ¡Pues nó!
 Y tú conmigo.
- D.^a SOL. Jamás.
 D.^a ELV. ¡Jamás!... ¿Y mi padre?...
 D.^a SOL. ¡Oh!...
 D.^a ELV. ¿Qué dirá de tí?...
 D.^a SOL. No más...
 D.^a ELV. Su cariño á perder vas.
 D.^a SOL. ¡Ay!... Entonces muera yo.

ESCENA IX.

Dichas.—EL CID.

ROD. A Palacio.

D.^a SOL. ¡ Valme Dios!

D.^a ELV. Vamos, señor.

ROD. Así es ley.

Doña Sol... os quedais vos?...

(Con tono muy marcado.)

D.^a SOL. ¡ Padre!...

ROD. Hablad al punto.

(Un momento de pausa. El Cid en actitud teatral, Doña Sol vacila y en el instante de hablar, un escudero anuncia;)

¡ El Rey!

ESCENA X.

Dichos.—EL REY. CABALLEROS.

ROD. ¡ Su Alteza!...

(Casi al propio tiempo.)

D.^a ELV. ¡ El Rey!

D.^a SOL. ¡ El!

EL REY. ¡ Yo!

ROD. Pues bien, Monarca,

Mis hijas ved!... *(Con intencion.)*

D.^a SOL. ¡ Señor!... *(A su padre.)*

ROD. *(Con resolucion.)* Al Cid... justicia!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

1872

Received of the
 Treasurer of the
 State of New York
 the sum of
 Dollars
 for
 the year ending
 the 31st day of
 December 1872

Received of the
 Treasurer of the
 State of New York
 the sum of
 Dollars
 for
 the year ending
 the 31st day of
 December 1872

Received of the
 Treasurer of the
 State of New York
 the sum of
 Dollars
 for
 the year ending
 the 31st day of
 December 1872

ACTO SEGUNDO.

« Al Rey habrán prevenido
ya sus amigos los Condes ,
que es de cobardes muy propio
socorrerse de invenciones.»

Rom.º del Cid.—R. 74.

Cámara régia.

ESCENA PRIMERA.

D. SUERO. EL CONDE D. DIEGO. EL CONDE D. FERNANDO.

D. SUERO. Adelante... (*Abriendo la puerta derecha.*)

D. DIEGO. (*Entrando con D. Fern.*) ¡Por Santiago!

¡Plática ha sido difusa!

¡Jamás de paciencia tanta

menester hube !

D. SUERO. ...Es que nunca

te puso en tan grave riesgo

la fiera condicion tuya.

D. FERN. Vamos pues á lo que importa.

¿Y el Monarca?

D. SUERO. Bondad suma

debéisle.

D. DIEGO. ¿Y al fin?

D. SUERO. *(Con recatado ademán.)* Es nuestro.
Escuchad. A vuestra culpa
gracia otorga, en cuanto á él toca
sobre la vindicta pública.
La saña del Cid espera
con su autoridad augusta
desarmar.

D. DIEGO. Y ¿qué me importa
su erojo?

D. SUERO. Calla y escucha.
Al de Vivar de este modo
se le impele á la renuncia
de la acusacion, que intenta
contra vosotros muy justa.
Y así la régia palabra
de Su Alteza no se trunca,
que le ofreció ante la Côte
la querrela amparar suya;
se evita el fallo terrible,
lava sin sangre su injuria,
y vosotros y yo en salvo...
¿Quereis mas?

D. DIEGO. Y de esa astucia
¿cuál es el precio?

D. FERN. Sepamos...

D. SUERO. La abdicacion absoluta
del condado de Carrion.

D. DIEGO. ¡Vive Cristo que me insulta!...
Jamás.

D. FERN. Ved, tio...

D. SUERO. Dejádme
concluir... que el lance apura.
Luego el Rey á Sol y Elvira
merced les hará sin duda
de aquel título y Estado,
con tierras y rentas muchas.
El divorcio á todos luego
su porvenir asegura.

D. FERN. ¡Qué escucho! ¡Ay triste!...

D. DIEGO. ¡El divorcio!

¿Y quién?

D. SUERO. El.

- D. DIEGO. ¿Causa?
D. SUERO. Muy justa.
El Rey la sabe; y la abona
la ley con fuerza robusta.
- D. DIEGO. La adivino... y no me duele.
Sea así.
- D. SUERO. Por prenda última
que habeis de salir del reino,
dice el Rey.
- D. FERN. ¡Oh!...
- D. DIEGO. Nunca, nunca.
¿Qué pensais de mí, D. Suero?...
¿Tan vil Su Alteza me juzga?
Yo deshonrarme!... ¡Yo propio
en tan cobarde renuncia
firmar mi sentencia!... Antes
que á tan bajo ardid sucumba
correrá sangre á torrentes
en rebelde lid.
- D. SUERO. Tu furia
se calmará, y luego...
- D. DIEGO. Luego
saldré de Toledo en busca
de mis deudos y vasallos,
y en armada y fiera pugna
mi indomable poderío
sostendré sin mengua alguna.
- D. FERN. ¡Demente estás!
- D. SUERO. Corre, insano;
piérdete.
- D. DIEGO. Nada me asusta.
El crimen mismo, si guarda
mi teson, mi fama ilustra.
- D. SUERO. Orgullo nécio, á quien coto,
si ya no la razon muda,
pondrá el poderoso instinto
del interés.
- (Movimiento de impaciencia en D. Diego.)
Oye y juzga.
- D. DIEGO. Dejadme.
- D. SUERO. Cedés, es cierto:
mas tan solo á la ley dura

de las circunstancias, conde...
 porque es tu salvacion única.
 ¿Acaso sientes que Elvira
 quede para nuevas nupcias
 libre?... *(Con ironía.)*

D. DIEGO. Una mujer de ménos,
 una ilusion más.

D. FERN. Te ofusca
 el despecho. ¡Ah! De buen grado
 diera mi corona fúlgida,
 mi condado, mis vasallos,
 y aquellas tierras fecundas
 que señor fieles me llaman;
 todo, todo cuanto adula
 la vanidad de los hombres:
 porque al crimen que me abrumba,
 mi Sol infeliz, mi esposa,
 llena por mí de amargura,
 perdon, magnánima, diera,
 ya que la execrable culpa
 indigno me hace por siempre
 de su alma angélica y pura.
 ¡Miseró!...

D. DIEGO. ¡Imbécil!...

D. SUERO. Don Diego,
 el tiempo apremia; ¿rehusas?

D. DIEGO. ¡Don Suero!...

D. SUERO. Tu firma, conde.
 La demando por vez última.
 Esta es el acta; acabemos.
 O rásgala, ó pon tu rúbrica.

(Presentándole un pergamino.)

D. DIEGO. Pero que... — pese á mi angustia!... —
 ¿no hice aun bastante?... Pudiera
 en Carrion tras cercas duras
 desafiando encontrarme,
 sin fuero ni ley, la furia
 del Cid, al Rey, á las Córtes...
 y estoy aquí, casi en suma,
 tratado como culpable,
 por vuestra paciencia ilusa,
 y á la justicia del vulgo

sujeto , ¡voto á mi alcúrnia!
Si eso no es nada , D. Suero,
¿qué mas me pedís?...

D. SUERO. Si escuchan
mañana del Cid las Córtes
la acusacion tremebunda,
¡ay de nosotros!...

D. FERN. ¿Darian
mortal sentencia?

D. SUERO. Segura.
Y ni el mismo Rey pudiera
doblar la justicia suma
de los tres brazos del Reino...
Ya ves lo que el lance apura.

D. FERN. Sí; las Córtes de Castilla
en su autoridad Augusta
ni al Rey ceden. Lo hemos visto
más de una vez.

D. DIEGO. *(Ap.)* ¡Fiera lucha!

D. SUERO. Hay más. Si aceptar el pacto
de tu salvacion rehusas,
el Monarca te abandona;
y sin la proteccion suya
se vengarán tus contrarios
de tu audacia y tu locura,
porque pagas sus favores
con esa soberbia ruda,
y su proteccion desairas.
¡Casi, casi es una burla!
Quisiéralo ver. *(Con intencion.)*

D. FERN. Silencio.

D. SUERO. ¿Qué?

D. FERN. ¿Oís?

D. DIEGO. Sí, de confusa
conversacion el murmullo
se percibe.

D. SUERO. El Rey. En busca
de vuestra abdicacion viene,
que aquí debe hallar.

D. FERN. Sin duda,
él es.

D. SUERO. Conde : di á Su Alteza

mi palabra y dí la tuya.
Resuelve.

D. DIEGO. Me habeis perdido.
; El infierno se conjura
hoy contra mí! ;El Rey lo espera?...
;Por vos mi palabra es suya?...
La suerte al cabo está echada.
(*Firma el pergamino.*)
Vencisteis. Dios me confunda.
(*Váse precipitadamente.*)

D. SUERO. Ahora tú, Fernan.

D. FERN. ;Sol mia!... (*Firmando.*)

D. SUERO. ;Los condes de Carrion triunfan!
(*Vánse por la derecha.*)

ESCENA II.

EL REY ALFONSO. EL CID RODRIGO.—(*Izquierda.*)

ROD. Si Vuestra Alteza dá la invicta planta
á su mejor vasallo...

REY. El Cid Rodrigo
mi vasallo no es.

(*Con afectada benevolencia.*)

ROD. ;Señor!...

REY. Levanta.

Alfonso no es tu rey, sino tu amigo.

ROD. ;Cuánto me honrais!...

REY. No más lo que mereces.

Y aunque te rinden justo vasallaje
cinco Reyes...

ROD. Si al Cid dan homenaje,
en él ríndenlo á vos.

REY. Lo ví mil veces.

Pero quisiera hoy floridas creces
de fortuna ofrecerte. ;Y Sol y Elvira?

ROD. ;Mis hijas?... Aquí luego...

REY. ;Su ventura
deseas?...

ROD. Sí, ¡por Dios! Mas decid...

REY. Mira.

Todo lo alcanza para tí mi altura.

(El Rey toma del escritorio el pergamino firmado por los Condes, y lo entrega al Cid.)

Navarra y Aragón á las hermosas
dos tálamos monárquicos les brindan,
que amor prepara con nupciales rosas.

ROD. Mas, ¿no advertís, señor, que son ya esposas?

REY. Creo que esos obstáculos se rindan.

De tus hijas el triste desposorio

Es inválido y nulo.

ROD. No, Monarca.

REY. Sí, Rodrigo. La causa dirimente
al Sínodo yo mismo haré patente,
que mi palabra real prueba es no parca.

ROD. Pero, ¿y ese motivo?

REY. Es bien notorio.

Y pues mi poder régio solamente
de entrambas violentando el albedrío,
y al par tu voluntad y poderío,
las impuso esos vínculos fatales,
debe mi autoridad romper clemente
esos que, contra el Cánón, esponsales
un gérmen fueron de funestos males.

ROD. Pero, ¿y los Condes?... ¿Y el castigo justo?...

REY. Ya hablaremos despues.

ROD. No, rey augusto.

Y recordaros lícito me sea...

REY. ¿Qué te ofrecí justicia?

ROD. Vos testigo.

REY. De mis jueces será digna tarea;
más tarde te oirán. Pero, ¿Rodrigo
no puede mitigar su ardiente saña,
en favor de dos hijos de la España,
y á quienes dió de padre el nombre amigo?

ROD. Señor... ¡qué escucho!...

REY. No disculpo el crimen,
que más que tú los míseros ya gimen.

Mas oye...

ROD. ¡Oh!... dispensadme...

REY. Cid, escucha.

Diego y Fernando, en pena expiatoria
del trágico delito, su condado
renuncian, y á tus hijas, con su tierra,

yo se lo donaré con gracias muchas;
 y tu justicia haciendo yo notoria,
 su perpétuo destierro he decretado.
 Mañana partir pueden; y la guerra,
 siendo acaso del cielo el instrumento,
 y el desagravio haciendo de las leyes,
 á tí te evitará un deber sangriento
 y á mí el fuero más triste de los Reyes.

ROD. Basta, basta, señor. ¡Si desde el cielo
 caido hubiese un rayo ante mi planta,
 no me asombrára, no, como me espanta,
 á mí, que nunca conocí el desmayo,
 al ver y oír... lo que oigo y veo!... Empero
 nunca esperéis que un hombre bien nacido
 aceptar pueda un mísero partido,
 mientras tenga razon y tenga acero.

REY. ¡Cómo! ¿No cedes?

ROD. Nunca. Ante las Córtes
 justicia iré á buscar.

REY. ¿Y esos trasportes
 nadie calmar pudiera?... ¿Y si un Monarca?...
 (*Con intencion marcada.*)

ROD. ¡Cómo!... ¡Un Monarca!... ¿Y bien?... Yo le diria:
 Monarca!... Sois muy fuerte; mucho abarca
 ese poder, que Dios juzgará un día:
 ¡mas si sois Rey... soy padre!...

REY. (*Con progresiva irritacion.*)—¡Qué osadía!
 Soy la imágen de Dios, que audaz invocas,
 y pues su potestad cifro en la tierra,
 quererla resistir, moverla guerra,
 será perderse en esperanzas locas.
 No han de morir los Condes.

ROD. Rey de España:
 no me toca decir que, si en el suelo
 sois imágen de aquel que ódia la saña,
 y á quien Dios de justicia llama el cielo,
 Rey de justicia exige tal modelo.

REY. ¡El de Vivar!...

ROD. ¡Yo soy!... Vuestra es mi vida,
 que mil veces las lanzas agarenas
 en la lid respetaron homicida,
 y que por vos quedára bien perdida;

la sangre toda de mis rotas venas,
 la sangre de Lain, prez de Castilla,
 que dentro de mi sér llevo mi gloria;
 la que siempre leal; siempre cristiana,
 es herencia, que guardo sin mancilla,
 y con la que escribió mi ejecutoria
 el filo vencedor de mi cuchilla
 en la rota bandera musulmana;
 la sangre de clarísimos quilates
 que atestiguando van mis rojas mallas,
 tres reinados de hazañas y combates,
 casi un siglo de lid, y mil batallas...
 vuestra es tambien. Mis bienes, mis laureles,
 que á lanzadas gané de los infieles,
 y que ofrecí á los pies de aquese trono,
 mi sér, mi aliento, vuestros son... lo abono.
 En todo sois mi Rey... Pero en la honra
 no hay mas señor que yo... que el Cid Rodrigo:
 ante el riesgo mortal de la deshonra
 ni tiene Rey... ni reconoce amigo.

REY.

(*Con acerbo sarcasmo.*)

¡Digna es, por Dios, tan fiera altanería,
 provocacion á mi poder tamaña,
 del súbdito que á Alfonso, al Rey de España,
 con desacato á su alta gerarquía,
 hizo osado ante sí postrar de hinojos,
 y de Santa Gadea en los cerrojos
 juramento de sangre hacer un dia!
 ¡Es el mismo que fué!!!

ROD.

Cumplí cual bueno,

y es mi gloria mejor.

REY.

¡Osas el trueno
 de mi enojo retar!... Pues bien, Rodrigo;
 pronto verás, y Dios será testigo,
 que ante el potente sol de mis coronas,
 son polvo y sombra Cides y tizonas.

ESCENA III.

Dichos.—UN PAJE, *anunciando.*

Las condesas de Carrion.
 ROD. ¡Ellas!... ¡A qué tiempo!... (*Ap.*)
 REY. Al rey
 has argüido con la ley...
 No perderá la lección... (*Váse.*)

ESCENA IV.

RODRIGO. D.^a ELVIRA. D.^a SOL (*un poco despues.*)

ROD. Sea; pero el Cid Rodrigo,
 aunque su honor no te humilla,
 verá un Rey, no un enemigo,
 en Alfonso de Castilla.

D.^a ELV. ¿Nos esperábais, señor?

ROD. Sí, en verdad.

D.^a SOL. Los toledanos,
 que nos tratan como hermanos,
 se apiñan en derredor,
 y no hay de dar paso modo :
 uno enternecido aclama;
 otro «luz de Dios» nos llama...
 y hembras y niños y todo!

ROD. És la gente toledana
 de carácter muy leal,
 con corazon muy cabal
 y con voluntad muy sana.

D.^a ELV. No son por nosotras dos
 sus entusiastas estremos;
 eso, todo lo debemos...

ROD. ¿A quién, hija mia?...

D.^a ELV. A vos.

Sois su númen tutelar,
 os aman con fé sincera,
 y por vos gustosa diera
 hacienda y sangre á la par.

ROD. Aun existen corazones

de honrada y firme virtud
entre ellos...—¡La ingratitud (*Aparte.*)
se anida en estos salones!

D.^a SOL. ¡Habeis á Su Alteza visto?...

ROD. ¡Infelices!... ¡Qué podré (*Aparte.*)
decirlas?...—Sí... mas se fue...

¡Corrido estoy, vive Cristo! (*Aparte.*)

D.^a ELV. ¡Pero volverá!... La audiencia
debe hoy ser, y sin demora
el sol marcará la hora.

D.^a SOL. Me duele del Rey la ausencia. (*Aparte.*)

D.^a ELV. Algo extraño ocurre aquí.

Vernos á solas queria

á los tres en este dia;

ayer nos lo ordenó así;

nos precedeis; porque quiso

hablaros antes; en pos

vuestro llegamos las dos:

estais absorto, indeciso...

y el Rey se ausentó.

ROD. Así es...

Pero...

D.^a SOL. No sé qué presiento...

D.^a ELV. Qué?...

ROD. O acuso al Rey... ó miento... (*Aparte.*)

O pierdo á un tiempo á los tres!

D.^a ELV. Padre!... ¡Qué es lo que aquí pasa?...

¡Qué hay?... Hablad...

D.^a SOL. Me dá temor. (*Aparte.*)

¡Qué enigma es este, señor?...

ROD. Volvamos á nuestra casa.

(*Se dirige á la puerta del fondo.*)

ESCENA V.

Dichos.—UN UGIER REAL.

UGIER. En nombre del Rey, al Cid.

(*Saliéndole al paso con un pliego.*)

ROD. Dios guarde á Su Alteza. (*Lo toma y lee.*)

D.^a ELV. }

D.^a SOL. }

¡Cielo!

ROD. Del Rey ante Dios apelo. (*Despues de leer.*)
 Esto á Su Alteza decid. (*Váse el Ugier.*)

ESCENA VI.

Dichos. — MENOS EL UGIER REAL.

D.^a ELV. Pero, ¡por piedad!...

D.^a SOL. ¡Qué arcano

es, señor, tan cruel

el que encierra ese papel?...

¡Qué os manda el soberano?...

Hijas, venid.

ROD.

D.^a ELV. ¡Ah!

D.^a SOL. ¡Dios mío!...

ROD.

Nada de afliccion ni susto.

El árbol firme y robusto

no cede á huracan bravío.

Sois mis hijas, sois mi ser,

teneis mi sangre, mi aliento;

con vuestro corazon cuento...

Mirad que le hé menester.

D.^a ELV. ¡Nos atormentais!...

D.^a SOL. ¡Me aterra ...

lo que decís!...

ROD.

No hayáis miedo:

venir no puedo á Toledo...

y el Rey me echa de su tierra.

D.^a SOL. ¡No es posible!...

D.^a ELV. ¡El Rey!

ROD.

Su Alteza

diz quebranté mi destierro,

y que otro que el Cid, tal yerro

pagára con la cabeza.

A mi villa de Alcocer,

por descortés y atrevido,

me arroja...

D.^a SOL. ¡Padre querido!...

ROD. Y parto al anochecer.

D.^a ELV. ¡Con nosotras?

ROD. ¡Ojalá!...

D.^a SOL. ¡Por qué no?...

ROD. Llevar conmigo
se me veda hasta un amigo.

D.^a ELV. ¡Cruelles!...

ROD. Y así será.

D.^a SOL. No salgais. Esa jornada
envuelve quizás un lazo...

ROD. Lo que no desata el brazo
lo sabe cortar la espada.

D.^a ELV. Pero ¿y nosotras?...

ROD. Mi mal,
de la suerte insana el dolo
nada fueran, si á mí solo
tratasen con rigor tal;
porque debo un corazon
á la herencia de mi raza,
fuerte como una coraza,
y de mí sé dar razon;
Mas... no es eso.

D.^a ELV. Concluid.

ROD. ¡Por San Millan!... Me atormenta
una humillacion sangrienta
que está más alta que el Cid.
¡No temais, ángeles míos!...
Segar puede el Rey mi cuello:
sí, conmigo puede hacello:
mas volver á los impios
mis hijas... jamás, jamás.
No alcanza á tanto su ley;
ceda el súbdito ante el Rey:
pero el padre... á Dios no mas.

D.^a ELV. ¡Eso manda el Rey!...

ROD. Mirad.

D.^a SOL. Juicios de Dios quizá sean.

D.^a ELV. (*Lée.*) «Las Condesas de Carrion vuelvan incon-
»tinenti al poder y compañía de los Condes, sus es-
»posos y señores naturales, conforme al uso y dere-
»cho de legítimos desposados.»

¡Que mis ojos esto lean!...

¿Es mentira ó realidad?...

¡Yo al poder de mi tirano;
de quien mi sangre ultrajó!...

ROD. No, prendas queridas, no.

- Lo jura el Cid castellano.
 Pero, ¿qué hacer?
- D.^a SOL. ¡Bien os paga
 D.^a ELV. el Rey D. Alfonso el Bravo!!...
- D.^a SOL. De comprenderlo no acabo.
 Rod. Culpa de mi estrella aciaga.
 D.^a ELV. ¡De su Corte os destierra
 sin derecho y sin decoro,
 y vos vais á hacer al moro
 en su nombre y pró la guerra!
 ¡El os trata contra fuero,
 os rechaza del dosel,
 no encontrais justicia fiel
 ni os honra caballero;
 y vos le enviais despues
 Reyes rotos y cautivos,
 que solo dejásteis vivos
 para besarle los pies!
 ¡El os confisca la herencia
 que hubistéis de antiguas gentes;
 y vos, con vuestros valientes,
 le dais un Reino en Valencia!
 ¡El os veja y os humilla;
 os destierra en fin, señor,
 á vos, el Cid Campeador,
 la gloria y luz de Castilla!...
 ¡Vos desterrado!... ¡Oh baldon!...
 ¡Así se há el Rey con los buenos!...
 ¡Ay de él... si os echan de menos
 en Castilla y en Leon!...
- Rod. Dices bien: pero es la ley
 de la española nobleza
 por el Rey dar la cabeza,
 exclamando «¡viva el Rey!»
- D.^a SOL. Considera, pues, Elvira
 que en Palacio...
- Rod. La verdad
 no teme la Majestad...
 Mas templa esta noble ira.
 Yo acudiré á todo.
- D.^a ELV. Es que
 yo tambien quiero...

Rod.

Hijas mias,

lucen muy aeiagos dias.
 Tengamos valor y fé.
 Yo voy á partir; ni puedo,
 ni debo del Rey el fallo
 resistir... Padézco y callo...
 Solas quedais: mas la ausencia
 presto llenará de un padre
 vuestra tierna y noble madre
 con la luz de su presencia.
 Yo la enviaré un corredor
 con mis letras; pero intento
 la esperéis en un convento,
 junto á el ara del Señor.
 Veremos quién es capaz,
 sacrilego y mal cristiano,
 de llevar su torpe mano
 al asilo de la paz.

Ni al mismo Rey: lo aseguro;
 pues de Cristo en el dintel
 pone entre vosotras y él
 la religion santa un muro.

D.^a SOL.

Prelada en el de Belen
 es mi tia Doña Elena.

Rod.

¡Alma cándida y buena!...

D.^a ELV:

Partamos, padre, está bien.

Rod.

Nos vamos á separar.

Yo soy, hijas mias, viejo...

¡En terrible afan os dejo!...

Mostremos alma sin par.

Os dejo mi honor, tesoro

de mi inmarcesible vida;

herencia santa y querida,

del alma inmortal decoro.

Guardadle, como un cristal

que empaña solo el aliento,

cual luz guardada del viento

en espléndido fanal.

Os aguardan pruebas duras;

tendreis que luchar acaso,

que verter llanto no escaso,

que afrontar mil amarguras:

pero el diamante oriental
 adquiere más precio y brillo,
 cuando el golpe del martillo
 bate el tosco pedernal.
 Mirad que mi fama y gloria
 se halla en vuestras manos hoy;
 lo que sois y lo que soy...
 Dignas sed de mi memoria.

D.^a ELY. Tocad aquí. *(Al corazón.)* Ahora adelante.

ROD. Salgamos. ¡Oh atroz instante!...

Sobre ellas, mi Dios, velad.

(Vánse los tres por el fondo.)

ESCENA VII.

EL REY. D. SUERO. *(Por la izquierda.)*

EL REY. Ya no están.

D. SUERO. Cuando yo entraba
 en vuestra cámara enantes,
 aun se hallaban aquí dentro,
 según dijeron los pajes.

EL REY. ¡Estraño que las Condesas
 se vayan sin esperarme!
 Id, y que mis ballesteros
 las detengan. *(D. Suero parte por la derecha.)*

ESCENA VIII.

EL REY.

¡Tal desaire
 á mi autoridad!.. ¡Por Cristo!..
 ¡Si serán como su padre!..
 Nada me importa. Veremos
 quién vence á quién en el lance.

(Vuelve á la escena D. Suero.)

ESCENA IX.

EL REY. D. SUERO.

D. SUERO. Estais servido.

EL REY. ¡Es audácia
la del Cid, por cierto, grande!

D. SUERO. Ahora cederá...

EL REY. ¡El!... Lo dudo.

Rodrigo no cede á nadie.

D. SUERO. Pero sus hijas...

EL REY. En ellas
estriban hoy nuestros planes;
pues desterrado Rodrigo,
lejos tambien de su madre,
sin guia ni apoyo quedan
ante mi poder gigante.

D. SUERO. Pero donde Vuestra Alteza
ha dado el golpe más hábil,
es mandando que á los Condes
vuelvan las dos á juntarse.
¡Idea feliz!

EL REY. Cual tuya.

D. SUERO. Señor.

EL REY. Tú me la inspiraste.
Y ciertamente que en ella
estuvistes admirable.

D. SUERO. Vuestra Alteza me confunde...

EL REY. Es el camino más fácil
de reducir las Condesas
á mi voluntad; pues antes
de volver á sus esposos,
y otra vez su lecho darles,
consentirán...

ESCENA X.

Dichos.—D.^a ELVIRA. EL REY.

D.^a ELV. Rey Alfonso:
aquí, á vuestras plantas reales,

doña Elvira Ruíz Diaz,
que del Cid lleva la sangre,
cual rica hembra agraviada
en su persona y su clase,
reparacion os demanda
de un contrafuero.

EL REY. Escusadme
querellas.—Os han vedado
salir de aquestos alcázares.
Lo sé... lo sé...

D.^a ELV. ¿Y vuestra Alteza
consiente, que así se trate
á quien es noble en Castilla,
y tiene en Búrgos solares?
¡Señor!..

EL REY. Templad, doña Elvira,
ese agravio... y escuchadme.
Don Suero... (*El Rey le hace seña de retirarse.*
El obedece y se vá.)

D.^a ELV. (*Ap.*) No sé qué siento
al ver á ese miserable.

ESCENA XI.

EL REY. D.^a ELVIRA.

EL REY. Condesã de Carrion: el Rey Alfonso
de sus nobles en mucho estima el fuero,
y en vez de ofensas y desdoro, ansía
añadir timbres á su nombre egrégio.
Esta reparacion cual rica hembra,
os dá de entre los nobles el primero.
Salid... Os haré honor.

D.^a ELV. A mis mayores
así honraron tambien vuestros abuelos.

EL REY. Y yo puedo hacer más... Os brindo, Elvira,
y á vuestra bella hermana, con dos Reinos.
Navarra y Aragon, con sus coronas,
os esperan.—Partid. Y su destierro,
en albricias, al Cid yo levantando,
sed dichosas aún... cual podeis serlo.

D.^a ELV. ¿Y puede vuestra Alteza?..

EL REY. Vuestros Condes
para siempre jamás salen del Reino.
D.^a ELV. Acabad.
EL REY. De Carrion sois ya Condesas.
Tomad y resolved. (*Le dá los pergaminos.*)
D.^a ELV. (*Rasgándoles.*) Ya está resuelto.
EL REY. ¡Qué audacia!.. ¡Ira de Dios!..

ESCENA XII.

Dichos.—D.^a SOL. RODRIGO.

D.^a SOL. ¡El nos proteja!
ROD. Eso es digno del Cid.
D.^a ELV. ¡Padre!... Al destierro.
(*Retirándose por el fondo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

«Entre sí han acordado
que si tiempo se ofrecia
de matar á los del Cid,
de cualquier manera ó guisa
antes de entrar en la lid,
porque así les convenia.»

(Rom.º del Cid.—R. 89.)

Pabellon en el castillo de San Cervantes.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE D. FERNANDO.—*(Aparece sentado y meditabundo.)*

¡Qué noche!... Su oscuro velo,
que á la luz el paso niega,
es del negro afan imágen
que mi espíritu atormenta.
¡Triste, tristísima noche!...
¡Soledad helada y negra!...
Ni de amante trova el eco
por el ancho espacio vuela,
ni de la tórtola vaga
el arrullo por la selva.
Solo en ese monte el grito
del lobo al redil aterra,

y con fragor pavoroso
 los valles el Tajo atruena,
 el lamento remedando
 de mi doliente conciencia,
 que en el caos de la mente
 continuo y tremendo suena.

(Pausa breve.)

¡Insensato!... ¿Por qué á un crimen
 me lancé de infamia horrenda?...
 ¿Por qué á Diego y á don Suero
 dió asenso mi fé inesperta?...
 «Sol es infiel,—me dijeron;—
 »á impuro amor rinde ofrendas.»
 ¿Y engañarse no han podido?...
 ¿Y mentir las apariencias?...
 ¡Execracion!... Imposible...
 ¡Uná niña casta y buena!...
 Me he perdido; y ya no hay medio
 de volver atrás. Mas resta
 salvar el honor al menos,
 ya que la vida se pierda.

ESCENA II.

D. FERNANDO. D. DIEGO. D. SUERO.

D. SUERO. Sea así. (Hablando con D. Diego.)

D. DIEGO. Es preciso...

D. FERN. ¡Ah!... ¡Diego!...

D. DIEGO. ¿Cómo así, Fernan?

D. FERN. Mi pena

distraía, contemplando
 de la noche las grandezas.

D. DIEGO. ¿Pena?

D. FERN. ¿Y tú me lo preguntas?

D. DIEGO. Yo. ¿Y bien?

D. FERN. ¡Qué! ¿No recuerdas
 nuestra pena? Y cual si poca
 fuese acaso, cuitas nuevas
 agravan hoy...

D. SUERO. Ya comprendo
 tu afan...

- D. DIEGO. Sí, la grave escena
que en las Córtes...
- D. FERN. ¿No es bastante?
- D. DIEGO. ¡No, por Cristo! Si la diestra
pusimos allí á la espada,
del Monarca en la presencia,
contra el Cid y sus parientes,
la provocacion primera
de ellos salió.
- D. SUERO. Con sangrienta
y sonora bofetada.
Pero Bermudo hizo afrenta
al bueno de Garci-Ordoñez,
sin darle causa...
- D. FERN. ¡Quimeras!...
Ordoñez, del Cid en daño
soltó imprudente la lengua.
Lo sabeis de sobra. Hablemos
de otra cosa.
- D. SUERO. ¡Oh!... Si Su Alteza
no hubiese allí condenado
injusto las iras nuestras,
y en favor del Cid...
- D. FERN. Don Suero:
justicia el Rey hizo recta.
- D. DIEGO. Bien está. (*Bruscamente.*)
- D. SUERO. (*A D. Fernando.*) ¡Delirais, Conde!
- D. DIEGO. Vamos á lo que interesa.
Don Suero, del Rey en nombre,
nos trae importantes nuevas.
- D. FERN. ¿Y las Córtes?
- D. SUERO. Aceptaron
el reto del Cid; secreta
plática con el Monarca
tuvieron hasta muy cerca
de la noche.
- D. FERN. ¿Y qué acordaron?
- D. SUERO. De consuno con Su Alteza
seis jueces han elejido:
Castro, el de Tolosa y Delas,
que con Giron y el de Campos
y Lara dictar sentencia

deben, conforme á los usos
y fueros de la nobleza.

D. DIEGO. El Rey teme un mal suceso.

D. FERN. ¿Y qué hemos de hacer?

D. SUERO. Se arriesgan

en el lance vida y honra,
y que el tiempo no se pierda
importa mucho.

D. DIEGO. Fernando:

tú, si mal no se me acuerda,
con Ramon el de Tolosa
antigua relacion llevas.

D. FERN. En la Côte de su padre
con ocasion de unas fiestas
le conocí: mas de entonces
al presente...

D. DIEGO. Al punto entras
en esa estancia, y le muestras,
en una sentida carta,
tu riesgo...

D. FERN. Mas considera...

D. DIEGO. Y tu justicia, é invocas
su proteccion en pró nuestra.

D. SUERO. Y adviértele que el de Castro
es nuestro ya.

D. DIEGO. Y que se espera
más aún.

D. FERN. Mira que el Conde...

D. DIEGO. Sé breve.

D. FERN. (Ap.) No hay resistencia
para él.

D. DIEGO. ¿Qué aguardas?

D. FERN. Nada.

Voy.

D. SUERO. La salvacion es cierta.

(Váse D. Fernando por la izquierda.)

ESCENA III.

D. DIEGO. D. SUERO.

D. DIEGO. ¡Cuán dócil! ¡A mis mandatos
ni una vez osó siquiera
resistir!

D. SUERO. Ha conocido
tan solo desde edad tierna
tu autoridad; su carácter
es débil, y te respeta
como á un oráculo.

D. DIEGO. Y luego,
sabeis que su inteligencia...

D. SUERO. ¡Tal crianza le habeis dado!

D. DIEGO. Me importaba así.

D. SUERO. El medio era
de reinar en el Condado
tú solo...

D. DIEGO. ¿Con que recela
don Alfonso de los jueces?

D. SUERO. (Ap.) Ya entiendo la trova.—Y tiembla
mucho más al pueblo.

D. DIEGO. Hace
muy mal en ello Su Alteza,
mientras tenga por razones
arcabuces y ballestas.

D. SUERO. No obstante; ved que la cosa
merece, Conde, la pena.
Ya visteis que hoy en las Córtes
se alzaron en contra nuestra
todos los Procuradores.

D. DIEGO. ¡Turba insolente y plebeya!
Diéranme allí veinte lanzas
y yo en razon les metiera.

D. SUERO. ¡Cuidado con eso, Conde!
Conoces muy mal tus tierras.
Hay más; la ciudad se halla
en favor del Cid dispuesta;
lo que hubo en el Estamento
sabe, y la plebe indiscreta.

murmura, vaga, y se agrupa
por calles y por plazuelas,
un tanto amenazadora.

D. DIEGO. Ya sé que cerró las puertas,
é impidió al Cid la salida...

D. SUERO. ¡Y en sus hombros á Babieca
con ginete y todo alzando,
mal su grado, dar la vuelta
le hizo en triunfo á su morada.

D. DIEGO. ¡Mil rayos del ciclo en ella!

D. SUERO. Ya que no apura el peligro,
y que de una violencia
á cubierto en San Cervantes
estais por la bondad régia,
es preciso, es muy urgente
tomar un partido.

D. DIEGO. Sea.

¿Qué pensais?

D. SUERO. Es necesario
pedir al Rey os conceda
tornar á Carrion al punto;
para eso se pretesta
que aquí no es igual el campo,
puesto que al Cid le rodëan
sus deudos y valedores,
que amagan vuestra existencia
al par que os veis vosotros
sin amparo ni defensa.

D. DIEGO. ¿Y el fallo?

D. SUERO. Empeñais palabra
de esperarle en vuestra tierra,
en rehenes de ella entregando
á Fromista y Valenzuela.

D. DIEGO. ¿Y accederá el Rey?

D. SUERO. ¿Lo dudas?

Creí que me conocieras
mejor.

D. DIEGO. ¿Pero si los jueces
el reto del Cid aceptan?
Porque es preciso ponernos
en lo peor.

D. SUERO. En tal caso,

la astucia contra la fuerza.
Yo persuadiré al Monarca
ordene, que la sentencia
se cumpla en Carrion. Rodrigo
y su gente aventurera
irán allá; una celada
de manos á boca encuentran...
y es negocio concluido
sin arriesgar la cabeza.

D. DIEGO. ¿Sabeis que es un pensamiento
infernál?

D. SUERO. ¿Te lisonjea?

D. DIEGO. Sois mi ángel malo, don Suero;
mi tentador.

D. SUERO. Como quieras.
Si mal te están mis consejos,
déjales; en hora buena.

D. DIEGO. Ese es el mal; sé que ellos
me empujan por mala senda,
y no puedo resistirles,
y me arrastran y me ciegan.

D. SUERO. Aun estás á tiempo.

D. DIEGO. Falso.
La jugada está va hecha,
y hay que marchar adelante
suceda lo que suceda.
Mas decid, y perdonadme
tal extremo de franqueza:
¿por qué, en lo que al Cid atañe,
demostrais tanta crudeza,
tan hostil pasion?

D. SUERO. Te engañas.
Le desprecio... y me desprecia.

D. DIEGO. Podrá ser así: mas noto
cierto afan...

D. SUERO. Vanas sospechas.

D. DIEGO. Vamos; tio, sed más franco.
Recordad sinó en Valencia
con cuánto rencor y empeño
tomásteis la aciaga ofensa
que don Rodrigo...

D. SUERO. El afecto

que paternal os profesa
mi corazon, y la parte
que á mi sangre cupo en ella,
para requerir venganza
razon muy sobrada eran.
¡Ingratos!

D. DIEGO. Nada de enojos;
y como os plazca, sea.

D. SUERO. ¿Querias quedase ocioso,
cuando el Cid á la presencia
de sus gentes hizo escarnio
de vosotrós, y su lengua
con amargo desden dijo:
«no hay cobardes á mi mesa?»

D. DIEGO. Callad, ¡vive Dios!... La sangre
quiere saltar de las venas
con tal recuerdo.

D. SUERO. Y todo ello
por una locura nécia.
¿Sin duda queria, ¡imbécil!
que á la abierta leonera
sus yernos, bueno ó mal grado,
volviesen la hñida bestia?
Diera para eso á sus hijas
dos monteros de las selvas,
pero no dos ricos-hombres
sin las costumbres pleheyas.
Pues la espada de un hidalgo
solo debe hacer pelea
por su Rey y por su honra:
jamás duelo con las bestias.

D. DIEGO. Él lo quiso. Sangre y llanto
aquel alarde le cuesta.
Don Suero, razon tuvísteis;
la afrenta lava la afrenta.

D. SUERO. ¿Es decir, pues?...

D. DIEGO. Qué...

(D. Fernando aparece á este tiempo.)

D. FERN. La carta.

D. DIEGO. Silencio. Ya entendeis.—Venga.
(Toma la carta. D. Suero se va.)

ESCENA IV.

D. DIEGO. D. FERNANDO.

- D. FERN. No sé por qué causa, Diego,
siempre que veo á mi tío,
me estremezco á pesar mio.
- D. DIEGO. Pues tiene un interés ciego
por nosotros.
- D. FERN. No quisiera
ofenderle: mas...
- D. DIEGO. Deliras.
- D. FERN. Dicen las gentes...
- D. DIEGO. Mentiras.
- La plebe es sándia y ligera.
D. FERN. Cuaquiera diria...
- D. DIEGO. ¿Qué?
- D. FERN. Que detesta á Don Rodrigo
y es de su gloria enemigo.
- D. DIEGO. ¡Estás loco!
- D. FERN. Lo escuché
decir en la Côte á varios;
y hoy mismo en el Estamento...
- D. DIEGO. ¡Bah!...
- D. FERN. Y me está dando tormento.
- D. DIEGO. Del Cid son los partidarios.
En las ánimas menguadas
infunden sandeces tales,
¡vive Dios! los desleales.

ESCENA V.

Dichos.—UN ESCUDERO.

- ESCUDE. Señor: en las palizadas (*A D. Fernando.*)
por vos pregunta una dueña,
y entrar pretende.
- D. FERN. Su nombre?
- ESCUDE. Aunque el oirlo os asemble,
en no dármele se empeña.
Velada en negro albornoz

- desde la frente á los pies...
- D. FERN. ¿Si acaso ella? (*Ap.*)
- D. DIEGO. Venga, pues. (*Váse el Escudero.*)
- D. FERN. Sí, conducéla veloz.
- D. DIEGO. Te dejo.—Qué presuncion!.. (*Ap.*)
- D. FERN. Por ella bien; no por mí.
- D. DIEGO. Quizá saquemos de aquí... (*Ap.*)
Pintan calva la ocasion.
- D. FERN. No sé...
- D. DIEGO. A Dios...—Dejadle hacer.—(*Ap.*)
- D. FERN. Yo ignoro...
- D. DIEGO. Yo no sé nada.
- ¡Me place pues la tapada!
(*Ap. yéndose.*)

ESCENA VI.

- D. FERN. Si será... No puede ser.
¡Por Cristo! ¡Qué confusion!..
¡Una mujer, y á esta hora!
Ignoro por qué se azora
mi doliente corazon.
Si mi carta... ¡desvario!..
Cuando más, con otra igual...
¡Cierto que en ella era tal
la efusion del dolor mio!..
¡Y qué?.. La ofensa tan grave,
que acaso nada pudiera...
¡A qué dudar?.. Voy afuera.
¡Aquí el corazon no cabe!
(*Se dirige á la puerta del fondo, y aparece en
ella Doña Sol. El Conde queda sorprendido.*)

ESCENA VII.

D. FERNANDO D.^a SOL.

- D. FERN. Ella!.. Sí!..
- D.^a SOL. (*Adelantándose.*) Conde...
- D. FERN. ¡Señora!..
- D.^a SOL. ¿Lo adivinásteis?
- D. FERN. ¡Perdon! (*Cayendo á sus pies.*)

- D.^a SOL. (*Con dignidad y tendiendo su brazo sobre él.*)
 ¡Justa es vuestra expiacion! (*Pausa.*)
 Escuchad, Fernando, ahora. (*Le levanta.*)
- D. FERN. Hablad, Doña Sol hablad.
 ¡Miserio de mí! (*Ap.*)
- D.^a SOL. Esta carta...
- D. FERN. Mi pena os dice harta.
- D.^a SOL. Decidme, pues, la verdad.
 ¿Un secreto encierra?
- D. FERN. Sí.
- D.^a SOL. ¿Será muy grave?
- D. FERN. Mortal.
- D.^a SOL. ¿Y es causa de nuestro mal?
- D. FERN. El me ha hecho criminal.
- D.^a SOL. Por él, Fernan, vengô aquí.
- D. FERN. Dejadme callar.
- D.^a SOL. Ni debo,
 ni puedo.
- D. FERN. Pues bien; repito
 lo que ahí tenéis escrito,
 lo que dentro el alma llevo:
 «Aunque culpable, pudiera
 la vida salvar: empero
 soy, señora, un caballero,
 y una palabra rompiera.
 Víctima habeis sido vos,
 víctima tambien perezco;
 condenadme, lo merezco...
 no me maldigais.—¡A Dios!»
- D.^a SOL. Infeliz!... (*Ap.*)—No, no es bastante.
 Yo quiero el secreto infando
 apurar.
- D. FERN. Ved...
- D.^a SOL. ¡Don Fernando!
- D. FERN. Si es muy tarde ya.
- D.^a SOL. No obstante.
 ¿Toca al honor?
- D. FERN. ¡Ah!..
- D.^a SOL. Lo mando.
 (*Don Fernando despues de un momento.*)
- D. FERN. Doña Sol: yo era dichoso
 con vuestro amor, y los bienes

que hallé en él cuando fui esposo,
 eran el éxtasi hermoso
 de los mágicos edenes.
 ¡Todo acabó!

D.^a SOL. ¿Y bien?—¡Dios santo! (*Ap.*)

D. FERN. En medio del bello día
 de la breve dicha mía,
 el castillo del encanto
 disipó tormenta impia.
 Y sopló el viento del mal,
 y el sol de las ilusiones
 cubrió con sombra mortal
 el vergel de tantos dones,
 haciendo un misero erial.

D.^a SOL. ¿Y por qué?

D. FERN. Porque en mal hora
 hubo una lengua traídora,
 hubo miserable un lábio...

D.^a SOL. ¡Cielos!..

D. FERN. Perdonad, señora,
 que á vuestro honor hizo agravio.

D.^a SOL. ¿Y lo creísteis?.. ¡Menguado!
 ¡Y osásteis de mí dudar..!

D. FERN. Confieso mi mal pecado;
 no se mentir.—¡Desdichado! (*Ap.*)

D.^a SOL. Es una ofensa...

D. FERN.

Sin par.

Es muy justo vuestro enojo,
 fui un insensato, fui un necio;
 de mí mismo me sonrojo,
 y ante vuestro pudor rojo,
 me abomino y me desprecio.
 Debí dudar de la luz
 que limpia engendra la aurora,
 del sol que los campos dora,
 del oro que cria el Sud
 y las perlas de Basora.
 Debí dudar del ambiente
 de las mañanas de abril,
 y del agua transparente,
 y de la rosa inocente,
 virgen del régio pensil;

y del ampo del armiño,
 envuelto en cándida nieve,
 y de la risa de un niño,
 cuando en dulce ósculo bebe
 todo el maternal cariño.

Debia dudar, en fin,
 del rayo del firmamento,
 antes que demente y ruin
 osar con insano aliento
 á la luz de un serafin.

D.^a SOL. ¿Y quién fué el torpe impostor,
 que así con osada lengua
 se atrevió á mi fé y mi honor?
 ¿Dónde está el que habló en mi mengua?
 ¿Cómo se llama el traidor?

D. FERN. No exijais de mí...

D.^a SOL. Su nombre.

D. FERN. Juré callarle.

D.^a SOL. ¡Qué escucho!

D. FERN. No me estraña que os asombre.

¡Con qué de amarguras lucho!

D.^a SOL. ¡Y no matásteis á ese hombre!

Enseñádmele, que ansio
 cubrirle de oprobio y cieno,

y arrancarle el velo impío,

y con el acento mio

aterrarle, cual un trueno.

Y no vayais á creer

que me quiera sincerar;

pues responden donde quier

por doña Sol de Vivar

su nobleza y su deber.

D. FERN. Es verdad. Ni mi error ciego

necesita en su demencia

oir la voz de la inocencia;

que me hablan con harto fuego

vuestra virtud, mi conciencia...

y todo.

D.^a SOL. Pero ¿el malvado?

¿No me has de decir quién sea?

D. FERN. Es triste... mas nací honrado.

D.^a SOL. Callad, si empeño habeis dado,

que romperle es accion fea.
 Yo que mi honor guardo ileso
 y rica-fembra, en Castilla
 nacida, su ley profeso,
 exijir en vos mancilla
 fuera desleal esceso.
 Callad: mas pues sacrificio
 mi agravio, tambien yo quiero
 á mi vez...

D. FERN.

Yo os vindico.

D.^a SOL.

Jurad, como caballero,
 decir al vil, que replico
 con un «mentis» concluyente
 á su calumnia impudente;
 y si insiste en su falsia
 venga á la presencia mía;
 yo le reto al delincuente.
 Traedle á mí sin demora;
 y vereisle, ante vos mismo,
 á mi voz atronadora
 en confuso paroxismo
 su maldad decir traidora.
 Prometédmelo.

D. FERN.

Lo juro

por mi honor. Mas el infame
 no se ha de gozar seguro
 en ese crimen oscuro,
 aunque mónstruo se me llame.
 Con su sangre envilecida
 lo ha de lavar.

D.^a SOL.

Conde....

D. FERN.

Es poco

á tu honor hasta su vida.
 ¡De pena y de ira estoy loco!
 ¡Por él soy casi homicida!...

D.^a SOL.

¿Pero cómo diste asenso
 á esa miserable trama?
 ¿Qué prueba te dió?

D. FERN.

¡Me inflama!...

Mírala pues. (*La presenta su retrato.*)

D.^a SOL.

¡Dios inmenso!

Justicia este crimen clama.

Mi retrato!...

D. FERN.

Con el sello
de vuestra cifra y blason...

D.^a SOL.

¿Y un rizo de mi cabello
y una amorosa inscripcion?...

El Cid debiera tenello.

Por prenda de despedida

dejábasele en Valencia;

y despues de mi partida

darle al padre de mi vida

por consuelo de mi ausencia.

Se le di para ese objeto

á Don Suero.

D. FERN.

(*Aparte.*) ¡Hombre sin fé!

D.^a SOL.

¿Pero cómo en vos se vé?...

D. FERN.

Ése es mi amargo secreto.

D.^a SOL.

Me ofusco... y aquí no sé
lo que ha pasado. A Don Suero
algun pérfido enemigo
le robó....

D. FERN.

(*Aparte.*) ¡Mal caballero!

D.^a SOL.

¡Nos ha perdido el artero!

D. FERN.

Ahora... ¿me dareis castigo?

Pero ¿llorais?...

D.^a SOL.

¡Ah!... que siento

en el alma conmovida

vencer á mi altivo aliento

el femenil sentimiento

en reaccion dolorida.

Lloro... y lloro con razon

la suerte de la mujer,

la mezquina condicion

que de una lengua cualquier

nos coloca á discrecion.

*No basta tener virtud,

y el corazon sano y puro,

como del alba la luz;

ni marchar con pié seguro

del bien á la escelsitud.

Preciso es que el vulgo ciego

lo crea así en sus antojos;

y que no haya un traidor luego

que logre estraviar sus ojos,
 y su audaz lengua de fuego.
 Porque el torpe mundo es tal,
 que no cree el bien oculto,
 y cree aparente el mal;
 y hiere, insensato, á bulto,
 sin ver que el dardo es mortal.
 Y á las hembras, del honor
 hace custodia y emblema;
 y por el caso menor,
 sin oirnos el traidor,
 nos hiere con su anatema.
 ¡Y al débil en sacrificio
 inmola el fuerte, pãrdiez;
 y se hace ufano á la vez
 en el execrable juicio,
 cómplice y verdugo y juez!*

D. FERN. Es cierto, muy cierto, sí;
 y de tanto desafuero
 la prueba teneis en mí.
 Noble es vuestro llanto; pero
 calmad...

D.^a SOL. Quisiérato así:
 pero es muy triste y amargo
 cumplir como Dios ordena,
 y ser infeliz...

D. FERN. (*Aparte.*) ¡Oh pena!

D.^a SOL. Hacer bien, y sin embargo
 ser reo por culpa ajena.
 ¡Y perder cuanto hace hermosa
 la existencia!...

D. FERN. Y la ilusion
 ver lucir del corazón,
 cual las hojas de una rosa
 en alas del aquilon.
 Y perder las esperanzas
 de los encantados sueños,
 y las dulces confianzas
 de los dias halagiueños....

D.^a SOL. Escusad, pues, remembranzas.

¡Me hacen mucho mal! (*Ap.*)

D. FERN. ¡Señora!...

- La estrella maldigo mia.
 D.^a SOL. Ya mi corazon no llora.
 No es hoy de llorar el dia:
 deber mayor tengo ahora.
- D. FERN. No alcanzo...
 D.^a SOL. Venid conmigo,
 y á mi padre le decid
 que sois víctima...
- D. FERN. ¡Yo... al Cid!...
 D.^a SOL. A lo demás yo me obligo.
 D. FERN. ¡Oh!... ¿Qué pretendéis?...
 D.^a SOL. Venid.
 D. FERN. Imposible.
 D.^a SOL. Ved...
 D. FERN. No debo...
 no puedo.
 D.^a SOL. ¿Pues?
 D. FERN. Ya os dije
 que un arcano...
 D.^a SOL. Aquí le llevo.
 D. FERN. A violarle no me atrevo,
 aunque su peso me aflije.
 Perdonadme.
- D.^a SOL. Bien está.
 Yo sé lo que hacer me toca.
 D. FERN. ¿Mas me comprendéis?
 D.^a SOL. Quizá.
 D. FERN. El honor cierra mi boca.
 D.^a SOL. El honor os salvará.
 (Se dirige á la puerta del fondo.)

ESCENA VIII.

Dichos.—D. SUERO (Por el fondo, apresurado y maltrecho).

- D. SUERO. Diego... ¡Doña Sol!...
 D.^a SOL. Dad paso.
 D. FERN. ¡Como así, vos!...
 D. SUERO. Deteneos.
 D.^a SOL. ¿Quién osa impedir?...
 D. SUERO. ¡Por Cristo!
 Todo se ha perdido.

- D. FERN. ¡Cielos!
- D.^a SOL. Mas ¿qué peligro?...
D. SUERO. La muerte.
- D.^a SOL. ¡Estais loco!
- D. FERN. Hablad.
- D. SUERO. El pueblo
en motin desaforado
de la ley ha roto el freno.
Ardiendo en sangrientas iras,
y á todo trance dispuesto,
por calles y plazas corre
cual mar herido del viento.
Vuestras cabezas demanda,
Condes de Carrion, el fiero,
y la voz del Rey desoye,
y del mismo Cid el ruego.
¡Ya me veis!.. Yo hácia el alcázar
me encaminaba indefenso;
y apenas la muchedumbre
me vió sobre el átrio régio,
cuando sobre mí se lanza;
pongo la mano al acero...
y si el Cid no llega á punto,
allí, á sus manos perezco.
- D.^a SOL. ¡Dios mio!...
- D. FERN. Doña Sol, vamos:
De morir por vos me alegro.
- D. SUERO. No saldreis.
- D. FERN. Este es el dia
en que demostrarme debo
aun digno de vos, señora,
y de mí mismo. Marchemos.
- D.^a SOL. Vamos, sí.
(*Se empieza á oír el rumor del tumulto popular.*)
- D. SUERO. Ya no es posible.
¡Lo escuchais?... Conde... Don Diego.
(*Llamando, éntrase presuroso por la izquierda.*)

ESCENA IX.

D.^a SOL. D. FERNANDO.

- D. FERN. Hora es de morir, señora...
 En esta tremenda hora,
 que negra para mí ábrese
 acaso la eternidad ;
 en este supremo caso,
 que al romperse el frágil vaso,
 el alma en Dios reconcéntrase
 lejos del mundo falaz ;
 ya que vuestro noble aliento
 mi ultraje olvida sangriento,
 y me concedéis magnánima,
 — ¡mujer sublime! — el perdon...
 Dádme á besar vuestra mano,
 y al llegar mi fin tirano,
 mio sea por vez última
 de la esposa el corazón.
- D.^a SOL. No habéis de morir. Yo sola
 frente haré á la turbia ola
 de la multitud frenética ;
 sus iras yo arrostraré.
- D. FERN. Nunca. Tócame el primero,
 como esposo y caballero,
 puesto que busca una víctima,
 ofrecérsela.
- D.^a SOL. No, á fé.
- D. FERN. ¡Oh!... Sí. Mas venderé cara
 la sangre, que pide avara...
 Mas no; que despues los bárbaros
 saciarán su furia en vos.
 Vengan. En estos dinteles
 los diré, heridme crueles ;
 doy mi vida á vuestro vértigo
 por la de ese ángel de Dios.
- D.^a SOL. ¡Qué horror!... ¡Ya llegan!... Dios mio,
 un rayo de luz.
- D. FERN. Yo os fio...
- D.^a SOL. ¡Oh!... La fuga. El medio es único

en este trance mortal.
 Un corcel traje conmigo;
 salid por ese postigo,
 mi escudero es fiel é intrépido.
 Diós os preserve de mal.

D. FERN. Comprendo lo grande y bello
 de ese rasgo, que echa el selló
 á quanto de más heróico
 es capaz una mujer.

Mas si parto, y aquí os halla
 la turba atroz, no habrá valla
 para su enojo, y estúpida
 quizá osará.... No ha de ser.

D.^a SOL.

Huid, por piedad.

D. FERN.

Conmigo

entonces, venid.

D.^a SOL.

Os sigo.

Y pues que no hay otro término,
 y sinó morir por mí,
 cedan los impulsos vanos
 de los respetos mundanos
 á la voz del alma heróica.

Yo me basto y sobro aquí.

(Esplosion de voces y estrépito.)

D. FERN.

¡Ya es tarde!

D.^a SOL.

Pues bien; muramos
 los dos, cual dos frescos ramos
 que del floreciente plátano
 troncha airado el huracan.

VOCES (*dent.*) ¡Mueran!...

D.^a SOL.

¿Lo oís, Don Fernando?

Venid, y ante Dios orando,
 unidas nuestras dos ánimas,
 cual dos cisnes, á él irán.

VOCES (*dent.*) ¡Fuego al rastrillo!

OTRAS (*id.*)

¡Adelante!

D. FERN.

Venga, pues, ese gigante.

Vivid, y muera yo mísero.

Lidiemos. No resta mas.

(Poniendo mano á la espada se dirige á la puerta del fondo.)

D.^a SOL.

Ved que me matais... que os amo.

ESCENA X.

Dichos.—D. SUERO. D. DIEGO.

D. SUERO. ¿Lo ves?

D. DIEGO. ¡De cólera bramo!

¡Plebe vil!

D. SUERO. Ella nuestra áncora.

Doña Sol...

D. DIEGO. Fernan, ¿do vás?...

(Creciente estruendo de armas y gentes que en desórden se aproximan. Ejecucion rápida.)

D.^a SOL. Quiere morir... — ¡Insensato!—
y yo con la libertad
le brindo.

D. SUERO. Fernando, acepta.

D. FERN. ¿Y ella?... ¿Y vosotros?... Jamás.

D.^a SOL. Venid todos. Yo conozco
esa escalera espiral;
connigo traigo una llave
que el Rey me mandó entregar.
Salvaos del primer riesgo,
y Dios hará lo demás.

VOCES (*dent.*) Puertas abajo.

OTRAS (*id.*) Los Condes.

D.^a SOL. Seguidme; por aquí.

(Abre un postigo secreto en el muro de la derecha. El Cid aparece en él.)

TODOS ¡Ah!...

ESCENA XI.

Dichos. — EL CID.

ROD. Partid. El paso está libre.

Un crimen al pueblo ahorrad.

D.^a SOL. ¡Padre!

D. FERN. ¡Señor!...

ROD. Partid todos.

San Pedro os guie en paz.

(Salen todos por el postigo, que vuelve á cerrarse. Ruido formidable en las antecámaras. El Cid se dirige á la puerta del fondo; la abre con ímpetu, y torna al centro del escenario, mientras salen por ella en tumultuosa confusión soldados y gentes del pueblo. El Cid les recibe en actitud teatral.)

ESCENA XII.

EL CID. SOLDADOS. PUEBLO.

VOCES. ¡Mueran los tres!
 OTRAS. ¡Al rio!
 OTRAS. ¡A la picota!
 OTRAS. ¡Mueran!...
 ROD. ¡Por San Millan!... ¿Quién sois vosotros?...
 Ni un paso más. ¿Quién sois?.. Decidlo. Vamos!..
 Responded. Responded.

(La multitud dominada por la presencia y actitud del Cid, quédase parada y guarda silencio.)

¡Y callais todos!

Ese silencio es el del crimen. Leo cuanto adivino y más en vuestros rostros. ¡Y mis soldados sois! ¡Y sois los hijos de la Imperial Toledo!... Me abochorno. Quien asalta las reales fortalezas, quien de la sedición inflama el soplo, y desoye la voz de su Monarca, y el brazo de la ley usurpa al sólio; los que como vosotros —¡insensatos!— contra indefensos nobles se alzan torvos, y vienen hasta aquí á verter su sangre, en criminal y bárbaro alboroto... de la leal Castilla no son hijos, del país del honor fueran sonrojo. Os juro por San Pedro, el de Cardeña, que á mi primer campaña contra el moro ninguno de vosotros vá conmigo,
 (Profunda sensación.)
 que bajo mi pendon fieras no acojo. Culpables sois. A Dios y al Rey faltásteis. Idle á pedir perdon, puestos de hinojos.

¡Oh!... ¡Temblais!... Haced bien. Pero yo mismo
haré por desarmar su justo enojo.

¡Paso al Cid, toledanos!... ¡A el Alcázar!

¡A las plantas venid del Rey Alfonso!

(Váse por el fondo. La multitud le sigue consternada.)

*Los directores de escena deberán omitir en la representación los versos de la escena 7.^a de este acto, marcados con la señal *.*

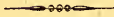
FIN DEL ACTO TERCERO.

... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..

ACTO CUARTO.



« Afuera ,
sin más audiencia condeno ,
con acuerdo de mi córte
y de mi Rëal Consejo

.....
á los Condes de Carrion ,
que lidien conforme al reto ,
y que el Cid haya cumplido
con dalles tres escuderos ,
y los que mejor lidiasen
ellos salven su derecho. »

(*Rom.º del Cid.—R. 83.*)

Tienda militar del Cid.—Puerta en el fondo ; otra á la derecha , oculta con tapicería.—En lontananza vista de la villa de Carrion.

ESCENA PRIMERA.

D. DIEGO. D. FERNANDO.—(*Armados de punta en blanco.*)

D. DIEGO. No hay ya esperanza.

D. FERN. Ninguna.

Lo sé. Mas dejadme, Diego,
sentir el enojo ciego
de mi contraria fortuna ;
y que por un traidor...

D. DIEGO.

¡Conde!..

Don Suero es tu deudo.

D. FERN.

¡Infame!

¿Qué importa que así se llame?
La sangre el crimen no esconde.
Me ha perdido.

D. DIEGO.

Eres injusto.

Tú quizás no sabes...

D. FERN.

Cesa;

que es nécia disculpa esa
y me dá, por Dios, disgusto.
De doña Sol el Don Suero
recibió el fatal retrato;
y á su confianza ingrato
el indigno caballero,
en vez de ponerle fiel
en manos del Cid Rodrigo,
deudo inícuo y falso amigo,
me sorprende audáz con él.
Y acusa de liviandad
á mi esposa inmaculada,
y aquella prenda sagrada
de una hija en su piedad,
presenta cual don impuro
de torpísimos antojos
ante mis absortos ojos,
y triunfa de mí el perjurio.
¡Torpe de mí, vive Dios!
Del honor la sangre es precio.
El por vil y yo por nécio,
morir debemos los dos.

D. DIEGO.

Nécio estás con tus recuerdos.
Olvidadlos.

D. FERN.

Mal pudiera.

D. DIEGO.

Pues obrar de esa manera
no es de hombres fuertes y cuerdos.

D. FERN.

¿Cómo olvidar, vive Cristo,
lo que á Don Suero escuché?
¡Hombre sin alma y sin fé!
¡Casi dudo lo que he visto!

D. DIEGO.

¿Cómo pues?

D. FERN.

¡Secreto infando

mi esposa me reveló!..

D. DIEGO. *(Ap.)* Ya lo adivinaba yó.

D. FERN. Una noche en San Servando.

D. DIEGO. ¿Secreto?

D. FERN. ¡Mortal é impío!

De aquel miserable trama,
que á mi esposa triste infama
y ella desmiente con brío.

Voy al traidor; le conjuro
de la inocente en el nombre,
a sostener como hombre
desmentido por perjuro
la execrable acusacion,
la calumnia fementida
que á mí me cuesta la vida
y á mi esposa hace baldon;
y el miserable se niega,
cae aterrado á mis pies,
tiembla, promete...

D. DIEGO. *(Con cierto asan.)* ¿Y despues?..

D. FERN. Su secreto al fin me entrega.

D. DIEGO. ¡Vaya! ¿Y no pudo su boca,
para salir del fracaso,
finjir...?

D. FERN. ¿Cómplices?

D. DIEGO. Acaso.

D. FERN. Uno.

D. DIEGO. ¿Y quién es? *(Con sobresalto.)*

D. FERN. No me toca.

ya imaginarlo.

D. DIEGO. *(Ap.)* —Respiro...

D. FERN. *(Ap.)*. ¿A qué saber más?

D. DIEGO. Al duelo

sale tambien, y este celo

borra su culpa.

D. FERN. ¡Me admiro

de oírte así!

D. DIEGO. ¿Pues?

D. FERN. Don Suero

por mí no sale y por tí

al campo: sale por sí.

Escucha el fallo severo:

(Saca un pergamino, y lee.)

«Por tanto, los Condes de Carrion volverán al
 »poder del Cid LA TIZONA y LA COLADA, dos mil
 »mareas en dineros dotales, y todas las preseas
 »habidas en las bodas.—Y los susodichos Condes,
 »con más el Conde D. Suero, por la parte que le
 »ha cabido en el desacato hecho á D.^a Elvira y
 »D.^a Sol, segun revelaciones, no desmentidas por
 »el mismo, harán campo cerrado contra tres escu-
 »deros del Cid, de igual á igual y á muerte.»

D. DIEGO. Y bien... Ya sé todo eso.

D. FERN. Esto es probarte...

D. DIEGO. No más.

D. FERN. ¿El por nosotros?—Jamás.
 De su crimen sufre el peso.

D. DIEGO. Un error...

D. FERN. La negra envidia
 su móvil fué solamente.
 Detesta al Cid y á su gente,
 y con eterna perfidia
 quiere oscurecer la gloria
 del sol de los castellanos.

D. DIEGO. ¡Lamentos necios y vanos!

D. FERN. ¡Por qué con suerte ilusoria
 de las furias de la plebe
 nos libraron en Toledo?
 No tengo á la muerte miedo:
 pero el cáliz que se bebe
 gota á gota y paso á paso,
 destila más cruda hiel;
 ¡y apurar es muy cruel
 hasta las heces el vaso!

D. DIEGO. ¡Fantástica libertad!
 ¡Torpe, insultante irrisión!
 En fin, estoy en Carrion.
 Ni doy, ni quiero piedad.

D. FERN. Aquí ofrecimos al Rey
 esperar el sumo fallo.

D. DIEGO. Aunque no soy su vasallo,
 mi palabra hace mi ley.
 Nadie se puede quejar,
 pues viéndome en mis Estados,

con murallas y soldados,
 pude á la guerra apelar.
 Y hacer estéril la saña
 del Rey, del Cid y de todos;
 sin jueces, sin acomodados,
 como es buen uso en España.
 Si pues obediente estoy,
 es nada mas porque quiero.
 Lidiar manda el Rey severo.
 Pues á lidiar vamos hoy...

D. FERN.

¿Y ellas?

D. DIEGO.

¿Quiénes?

D. FERN.

Sol y Elvira,

que allá en Toledo...

D. DIEGO.

¡Hay paciencia!

D. FERN.

Ignoran la atroz sentencia
 y el trance mortal.

D. DIEGO.

(Ap.) Delira.

Tarda Don Rodrigo.—Di,

¿no adivinas á qué objeto

con tal prisa y tal secreto

nos ha convocado aquí?

D. FERN.

No, por mi fé.

D. DIEGO.

¡Es singular!

Cuando de la muerte cerca...

D. FERN.

¡Gran Dios!

D. DIEGO.

¿Qué ha sido?

D. FERN.

El se acerca.

D. DIEGO.

(A D. Fern.) Cada uno en su lugar.

ESCENA II.

Dichos.—EL CID.

ROD.

Infantes de Carrion, sea con vosotros
 en mi morada Dios.

D. FERN.

El al Cid guarde.

ROD.

¿Sabeis el fallo?

D. FERN.

Cierto. Y de Su Alteza,
 cual juré por mi honor, cumplir me place
 la summa voluntad..

ROD.

¿Y vos, Don Diego?

D. DIEGO. Jamás un caballero está distante
de su palabra fiel. *(Con impasible aspecto.)*

ROD. *(Con amargura.)* ¡Siempre el orgullo!...

D. DIEGO. Acabemos.

D. FERN. *(Ap.)* ¡Don Diego!

ROD. Oídme antes.

Pues aunque á mi carácter y deseos
mostreis altivo corazón de jaspe,
por la última vez infantiles, quiero
que sepáis lo que soy.

D. DIEGO. *(Ap.)* ¡Mi pecho arde!...

ROD. Ya sabéis la sentencia, que los jueces
contra vosotros dieron.

D. DIEGO. Adelante.

ROD. Sabéis que el Rey, sin tregua ni demora
la manda ejecutar.

D. FERN. Sí. Los nupciales
presentes; que de vos ambos hubimos
de Sol y Doña Elvira en los enlaces,
debemos devolveros. Así al menos
lo manda el tribunal.

D. DIEGO. Sea al instante.

Porque á los Condes de Carrion los bienes,
para vivir, cual infanzones, bástanles
de sus nobles abuelos heredados;
y les sobran, ¡pardiez!

ROD. ¡Mozo arrogante!...

Perdono esa osadía, y me conducele
tan fiero natural:

D. DIEGO. Mas yo...

ROD. Escuchadme.

(Con decisiva superioridad.)

Las galas, los tesoros, las preséas,
que de Elvira y de Sol fueron dotales,
no las quiero;—¿entendeis?—más; las desprecio,
porque son vanos, míseros afanes.

Así respondo á vuestra audacia, Conde:

Si al Cid no conociais... contempladle.

¿Si os cumple quizás?...

D. FERN.

ROD.

Tan solo acepto,
como soldado,—¿estais?—no como padre...

D. FERN. Vuestras espadas, pues.

Rod.

¡Sí, por San Pedro!

¡Bien mi intento, Fernando, penetraste!
Quiero, sí, mis espadas; mi TIZONA,
mi COLADA leal; de mis combates,
de mi gloria y valor las compañeras,
las ricas prendas de mi nombre grande.

D. DIEGO.

Vamos, y las tendreis.

Rod.

En el palenque,
del Monarca en presencia y los magnates,
la entrega ser debia.

D. FERN.

Está dispuesta...

Rod.

Mas no ha de ser así.

D. DIEGO.

¿Pues?

D. FERN.

Y faltarse,

¿cómo ha de ser?... No atino...

Rod.

Un caballero,
que los blasones de su ilustre clase
respetá, como yo, de otros hidalgos,
el heredado honor manchar no sabe.
Dareisme las espadas en el sitio
y forma que á vosotros más agraden.
Decidme que aceptais.

D. DIEGO.

¡Qué oigo!

D. FERN.

¿Es posible?

Rod.

Por San Millan, que sí. Tan solo atañe
á nosotros el caso, y los testigos
importunos serán; que pues á nadie
tocan mas que á los tres nuestros dolores,
nuestro dolor, no más, presida el trance.

D. FERN.

¡Y yo pude ofenderle!... (Ap.)

D. DIEGO.

Yo ni acepto,

ni dispenso merced.

Rod.

¡Don Diego!... Si otro
hacerme osára ese brutal desaire...
mas téngame San Pedro. ¿Por ventura
menguar vuestro decoro imaginásteis
cediendo á mi bondad? ¡Pobres impulsos
de ilusa vanidad... cuántó sois fáciles!
Quiéroles castigar... con el olvido.

D. DIEGO.

Mirad que soy un Conde. (Ofendido.)

Rod.

Y yo... soy padre.

(Pausa breve.)

¡La mengua!... ¡Qué ilusion!... ¡Dios poderoso,
ni comprenderme aún los hombres saben!
D. FERN. ¡Oh!... Sí. No puedo más.—Rompa mi lábjo
del torpe orgullo la mezquina cárcel.
Comprendemos vuestra alma, y la grandeza
del corazon que en ese pecho late.
Y así como piedad no os demandamos,
porque en nosotros fuera accion cobarde,
y en vos negarla heróica dureza,
y otorgarla, clemencia injusta y frágil;
así al menos tambien dado nos sea
en el secreto de este sumo instante
del corazon oir intenso el grito,
y aceptar sin encono el triste cáliz.
Rod. ¡Bien, por el de Cardena! Asi te quiero,
Fernando; encuentro en tí lo que me place!
Tiene razon.—Aquí, dentro del pecho
siento estallar desgarrador combate.
El honor, la clemencia... y el recuerdo
de que fuisteis mis hijos... de buen padre
el terrible deber... y mil pasiones
martirizan mi espíritu gigante.
Si os castigo, falto á mi grandeza;
soy, si justo; cruel. Y por contraste,
si otorgo mi perdon, vuestro decoro
ofendo, y á un desprecio intolerable
que darme deberíais, me arriesgára;
y con él además de mi linage
prostituyo la gloria, y de mis hijas
vendo y olvido la inocente sangre.
Y si yo no me venzo; si sucumbo
á mi instinto magnánimo un instante,
evocarán mis ínclitos abuelos
de la tumba sus sombras venerables;
y «¿qué has hecho, dirán, débil Rodrigo,
del purísimo honor de nuestros lares?...
Rompe la espada; que á vengar no alcanza,
cual hombre, padre ó juez, tu misma carne;
y borre para siempre el nombre tuyo
la absorta humanidad de sus anales...»
¡Ah!... No... Jamás.

D. DIEGO.

Jamás. Entre nosotros

ningun recurso queda. Es ya muy tarde.
Y pues nada podemos concedernos,
y nada suplicarnos; pues no cabe
entre los tres favor, ni hay esperanza;
y con mano de hierro inexorable
el hado frente á frente nos coloca...
sea lo que ha de ser.

(Llamada interior de atabales.)

ROD.

Ya te complace.

(Un heraldo en alta voz desde dentro.)

«*Por el Rey. Campo á Rodrigo el Cid, en sus
campeones Martin Antolinez de Burgos, Pero
Bermudo y Nuño Gústio. Quien les haya en-
tuerto, muera por ende. Campo á los Condes de
Carrion y al Conde Don Suero, en campo cer-
rado, y lidia á todo trance.»*

D. FERN. ¡El duelo!...

D. DIEGO.

Vamos pues. Vuestras espadas
antes, señor, del fúnebre combate
á dos de los campeones cederemos,
que por vuestro derecho al campo salen.
Bermudo y Antolinez, que allí deben
con Fernando y conmigo hacer el lance,
probarán si COLADA y la TIZONA
para dos infanzones son bastantes.

Y así vereis los fúlgidos aceros
que hicisteis el espanto del Alarbe,
vuestra ofensa vengar, ó cual despojos
en las murallas de Carrion colgarse.

ROD.

¡Dios proteja al mejor!—Pero á la lidia
no lleveis los rencores. Imitadme;
y deponiendo el ódio y la fiereza,
cual españoles y cristianos lo hacen,
esa mano estrechad.

D. FERN.

Con toda el alma.

D. DIEGO. *(Ap.)* Sosténme, corazón.

ROD.

(Ap.)

¡Horrible trance!

¡Y tú Diego?...

D. DIEGO.

Señor... *(Retrayéndose.)*

ROD.

(Con ademán formidable.) ¡Quiéres acaso
mi maldicion?...

D. DIEGO. } (*Subyugado por el apóstrofe del Cid y cayen-*
 } (*do de hinojos*) ; Qué horror!
 (*Un momento de silencio.—En seguida el Cid*
esclama con heroica fortaleza.)

ROD. Ahora... al combate.
 (*Los Condes se retiran lentamente por el fondo.*
El Cid les contempla tristemente.)

ESCENA III.

EL CID.

¡Al combate!... ¡Oh dolor!... ¡En tal momento
 casi he sentido el corazón faltarme!...

Ya estoy solo. Salid, congojas mías.

¡Cuánto he sufrido!... Que, si bien culpables,
 tan jóvenes al verles, de la muerte
 el tenebroso umbral pisando casi,
 ¡ay!... me aflige un pesar, con cuya fuerza
 en vano lucha el corazón gigante.

Y no hay medio. ¡Es verdad! La suerte impia
 todo imposible entre nosotros hace.

Pero, ¿y Fernando?... ¡Lúgubre misterio!...

Él se obstina en callar... y á la lid parte!

Recuerdo aun su carta; «yo pudiera

»la existencia salvar: mas si cobarde

»me vendiese mi lengua, la arrancára.

»No me aborrezcais pues... mas condenadme.»

¡Oh! ¡Cuánta confusion!... Aquí un secreto,
 y secretó traidor de dolo y sangre,
 presiento. ¡Duda atroz!... ¡Y acaso, el triste,
 á la tumba con él, sin culpa, baje!...

¡Ah!... Sí. ¡Antolínez, y Bermudo y Gústio
 son terribles contrarios!... Inspiradme,
 Apóstol del Señor, por si aun es tiempo
 de salvarlos quizá... (*Toque de trompas.*)

¡La lid se abre!...

todo está ya perdido!... Dios piadoso,

(*Se prosterna.*)

que sufristeis tambien, cual Dios y Padre ;
 sea tu voluntad: pero al vencido
 recibe en gracia y en tu seno ampárale.

(Queda apoyado sobre su rodilla, oculto el rostro entre las manos.)

ESCENA IV.

EL CID. ORDOÑO.

ORD. Tío y señor...

ROD. ¿Y los Condes?...

(Levantándose rápidamente.)

ORD. Dentro se halla de Carrion
mi prima...

ROD. ¡Habrá más dolores!...

ORD. Vuestra hija Doña Sol.

ROD. ¿Mas cómo?...

ORD. Desde Toledo,

há un instante, entraba yo
en la estacada con gentes
de vuestra casa y pendon,
cuando el galope tendido
de cabalgata veloz
hácia nosotros se acerca,
llamando nuestra atencion.
Y un momento despues vemos
en alazan volador
llegar velada una dama,
con varios pajes en pos.
El potro era vuestro Tarfe;
Sancho Arlanza el rodrigon,
y la dama...

ROD. ¡Era mi hija!...

ORD. Por desgracia.—

ROD. Pues bien, voy

á recibirla en mis brazos...

¿Qué iba á hacer? Rodrigo, no.

Haz que la razon del hombre
venza del padre al amor,
ó te pierdes.

ORD. Mirad antes.

ROD. Al cabo de todo estoy. (Con amargura.)

Si á mi desolada hija
hoy abro mi corazon,

pediráme por su esposo
 con elocuenté dolor,
 y con llantos y con ruegos,
 que al fin, como suyos son,
 el alma me despedazan,
 y temo... sí, con rubor
 lo digo...

ORD.

¿A quién?

ROD.

A mí mismo.

Porque mostrando un teson,
 con la triste, inexorable,
 la muerte acaso la doy,
 y de tan bárbaro extremo...
 ¡Ordoño!... padre eres.

ORD.

¡Oh!...

ROD.

Y ceder es imposible!
 ¡Ea! alma mía!... valor...
 Hay que hacer un nuevo esfuerzo;
 el último... el más atroz!

ORD.

¿Vais á verla?

ROD.

¿A qué?... Me veda

terrible mi deber hoy
 enjugar su llanto; y fuera
 presentarme ante ella yo,
 bárbaro, estéril alarde
 de mi justicia.—Mejor
 es renunciar á su vista...
 aunque me aborrezca (¡ay Dios!...)
 y aunque de dolor y angustia
 sangre brote el corazón.
 Vamos á Palacio, Ordoño.
 Ciego y delirante voy.

(Váse con Ordoño por la puerta de la derecha.)

ESCENA V.

EL REY. D.^a SOL.

REY.

Ya os he dicho, Doña Sol...

D.^a SOL.

¡El ruego

que os dirige mi mortal quebranto,
 acojed, por piedad!

REY.

Estéril llanto.

Si á vuestro padre en súplica de fuego
la gracia no arrancais, el Rey, señora,
nada otorgaros puede.

D.^a SOL.

¡Cielo santo!

¡El Monarca no sois? ¡En vuestra Alteza
omnímodo poder no se atesora?
¡Quién, si el perdon de mi inocente esposo
me otorgais con benéfica grandeza,
en contrario alzará su audaz cabeza?
¡Ah!... Piedad otra vez.

REY.

Cobrad reposo.

¡Sabeis en dónde estais ahora conmigo?

D.^a SOL.

Solo sé mi dolor. Por vos guiada
llegué hasta aquí.

REY.

Pues bien; del Cid Rodrigo

en la morada os veis.

D.^a SOL.

¡Cielos!... ¡Mi padre

tan cerca de mí está!...

REY.

Ante él conmigo

vais á comparecer; y aunque mal cuadre
al recuerdo tenaz de otros errores,
le rogaré por vos.

D.^a SOL.

Yo os bendigo..

REY.

Sois dama é infelice; y ante el fuero
de la beldad y el infortunio fiero,
aquí, en la tierra hidálga de Castilla,
olvida el Rey su soberana silla,
y recuerda, no más, que es caballero.

D.^a SOL.

Merced inútil. ¡Ay! Pecho de acero
y corazon el Cid tiene de roca
en cuanto del honor al lustre toca.
Nada alcanzaré de él.

REY.

Quizá su enojo

desarmar consigamos.

D.^a SOL.

Imposible.

¡Qué!... ¡No le conoceis?

REY.

¡Será insensible!...

D.^a SOL.

¡Lo dudais?... Acordaos del *cerrojo*.

(*Expresion muy marcada.*)

No hay mas salud que vos para mi cuita.
Urje el tiempo, ceded.

- REY. No. Mi decoro,
la prez de vuestra casa...
- D.^a SOL. Os imploro
por vuestro hijo menor.
- REY. ¿Quereis repita?...
- D.^a SOL. Por última vez...
- REY. No; que los Reyes
debemos cuenta á Dios de nuestras leyes.
(Breve pausa.)
- D.^a SOL. ¡Basta, Señor! Obrar me cumple ahora.
Seré digna de mí.
- REY. ¿Qué nueva idea?
- D.^a SOL. Al campo voy de la mortal pelea;
y traspasando de mí sér la valla,
me lanzaré, cual nube tronadora,
en medio de la fúnebre batalla.
Y aunque mi pecho la radiante malla
no ciñe, ni el inerme brazo mio
para blandir la lanza tiene brio,
entre el corcel de mi aflijido esposo
y su contrario atroz sabré lanzarme;
y si este mónstruo vibra el hierro impio
con golpe de su sangre codicioso,
podrá en la mia el bárbaro anegarme,
que al fin será, muriendo, bien perdida,
si al mísero Fernán salva la vida.
*(Se arroja á la puerta del fondo. El Rey se
interpone.)*
- REY. Teneos..
- D.^a SOL. Paso.
- REY. No saldreis.
- D.^a SOL. ¡Monarca!...
- REY. Lo suplico... lo quiero.
¡Es un delirio!
- REY. No dais un paso mas.
(Doña Sol arranca al Rey la daga.)
- D.^a SOL. ¿La veis?... Mi pecho
con ella franquearé á la negra parca.

ESCENA VI.

Dichos.—EL CID.

- ROD. Vive por mí.
 D.^a SOL. ¡Ah!.. Piedad de mi martirio.
(Arrojando el arma.)
- ROD. ¡Cálmate, vuelve en tí! Lloro, bien hecho...
 Ordoño, ¡esto es morir! *(Ap.)* ¡Ah!.. Perdonadme,
 Señor... *(Viendo al Rey.)*
- REY. También soy padre...
 ROD. ¡Nombre santo!...
- D.^a SOL. ¡Mas guarda mucho en sí de afan y llanto!
 Salvadle, padre.
- ROD. ¡Eso aún!..
 D.^a SOL. En su desventura inmensa
 no tiene el triste defensa,
 ni halla valedor ningún.
 Solo yo...
- ROD. ¡Desventurada!
 ¿A qué viniste este día?
 D.^a SOL. Por él...
 ROD. ¡Ah, pobre hija mia!
 D.^a SOL. No tiene culpa.
 ROD. ¿Qué?
 D.^a SOL. En nada.
- REY. Lo sé...
 ROD. ¿Su Alteza también?..
 REY. Yo abono á Fernando.
 ROD. ¡Vos!
 Habla, Sol, habla, por Dios.
 Oh tiempo, el vuelo detén.
- D.^a SOL. Es un secreto infernal.
 El honor selló su boca:
 pero á mí volver ya toca
 por la víctima leal.
- ROD. ¡Oh!.. ¡Mi sospecha!..
 D.^a SOL. Del mismo
 lo supe una noche aciaga;
 quiso hablar: pero le amaga
 de infamia en ello un abismo.

Y me jura que si doy
 á la luz su puridad,
 rechazará mi verdad,
 y dirá que loca estoy.
 Pensé á Su Alteza acudir,
 ó fiar á vos el caso;
 y antes que el sol en ocaso
 una vez pueda morir,
 sin dar ni pedir razon,
 con implacable denuedo,
 os ausentais de Toledo
 camino para Carrion.
 Pero, en fin...

ROD.

D.^a SOL.

En fin, señor,
 de liviandad y mancilla,
 burlando su fé sencilla,
 me acusó un lábio traidor.

ROD.

D.^a SOL.

¡Y le dió crédito!

ROD.

REY.

D.^a SOL.

Y yo
 se le diera en su lugar...
 ¡Infamia horrible y sin par!
 Ved que el tiempo vuela.

¡Oh!

Ya os diré lo demás...
 De otro su crimen ha sido.
 Salvadme, padre; os lo pido.
 Si él muere, yo en pos...

ROD.

REY.

ROD.

No más.
 ¡Triunfásteis al fin, señora!
 Corred, y que se suspenda
 la mortifera contienda.

(Se dirijen todos á la puerta del fondo apresuradamente; cuando llegan al dintel, suena un ligero toque de trompas. Doña Sol cae sin sentido. Todos se quedan petrificados.)

D.^a SOL.

REY.

¡Ay de mí!

¡Terrible hora!

ESCENA VII.

Dichos.—ORDOÑO.

ORD. ¡Doña Sol!.. ¡Infeliz!—Tened la planta.

ROD. ¡Qué es de mi honor al fin?

REY. Decid, Ordoño,
el vencedor.

ORD. ¡Mirad!

(Ábrense del todo las grandes cortinas del fondo, y aparecen cuatro caballeros sosteniendo en alto un pavés, en el cual hay tres yelmos y tres estandartes. Rodéanle varios heraldos, reyes de armas, caballeros y soldados.—Martin Antolinez, Nuño Gústio y Pero Bermudo se encuentran en primera línea con las espadas del Cid.)

La causa santa

quiso el cielo amparar por vuestra gloria.

ROD. Bendigamos al Dios de la victoria.

REY. ¡No hay más allá, buen Cid!

ROD. Rey de Castilla,

digno me hallo de mí.—Dejadme ahora
olvidar del Carrion la roja orilla,
y esta historia escribir con sangre mora;
que prosternado ante la régia silla
cuanto el Genil con sus arenas dora,
las edades verán que el Cid Rodrigo
así cumple con Dios y así consigo.

FIN DEL DRAMA.

ACTO VII

(Entrada de Don Juan)

Don Juan: ¿Qué es de mi honor al fin?
¿Donna Inés? ¿Inés? ¿Inés?

Donna Inés:
Don Juan:
Donna Inés:

de encontrar.

Donna Inés:

¡Donna Inés! ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?

¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?

Donna Inés:
Donna Inés:
Donna Inés:

¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?
¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?



